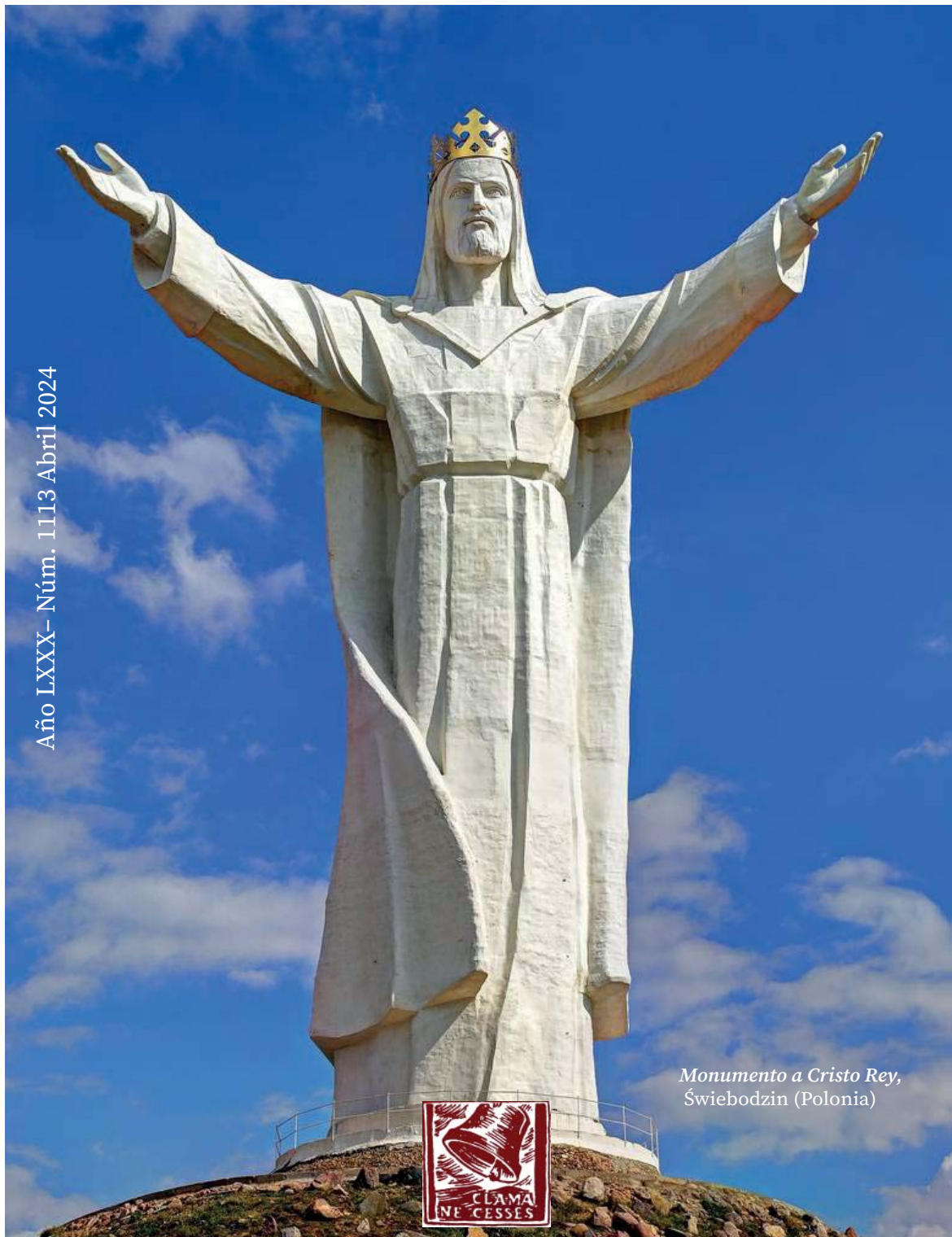


CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

«LA PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO»



Año LXXX- Núm. 1113 Abril 2024

*Monumento a Cristo Rey,
Świebodzin (Polonia)*



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número <i>J.M^a.A.R.</i>	25	El padre Vitoria y la paz <i>Fernando Murillo (†)</i>
6	«No hay necesidad más urgente que la de dar a conocer las inconmesurables riquezas de Cristo» <i>Pío XII</i>	27	La familia, primera educadora en la paz <i>Benedicto XVI</i>
7	Un mundo sin orden <i>Jorge Soley Climent</i>	29	Año de la Oración <i>San Juan de Ávila</i>
11	La paz de Cristo en santo Tomás de Aquino <i>Fr. Dominic M. Langevin, O.P.</i>	31	Orientaciones bibliográficas <i>Javier Luis de Miguel Marqués</i>
15	El arco iris de la Pax Romana <i>Padre Ramón Orlandis (†)</i>	33	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
17	El más grande destructor de la paz es el aborto <i>Francesc Manresa i Lamarca</i>	36	Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa Presas</i>
21	¿Qué queda de la propuesta cristiana en Europa? <i>Mathieu Bock-Côté</i>	38	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
23	Fuera de Cristo no hay camino <i>Francisco Canals (†)</i>	41	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
		44	Actualidad política <i>Jorge Soley/Piero Viganego</i>

Razón del número

«La paz de Cristo en el Reino de Cristo»

J.M^a.A.R.

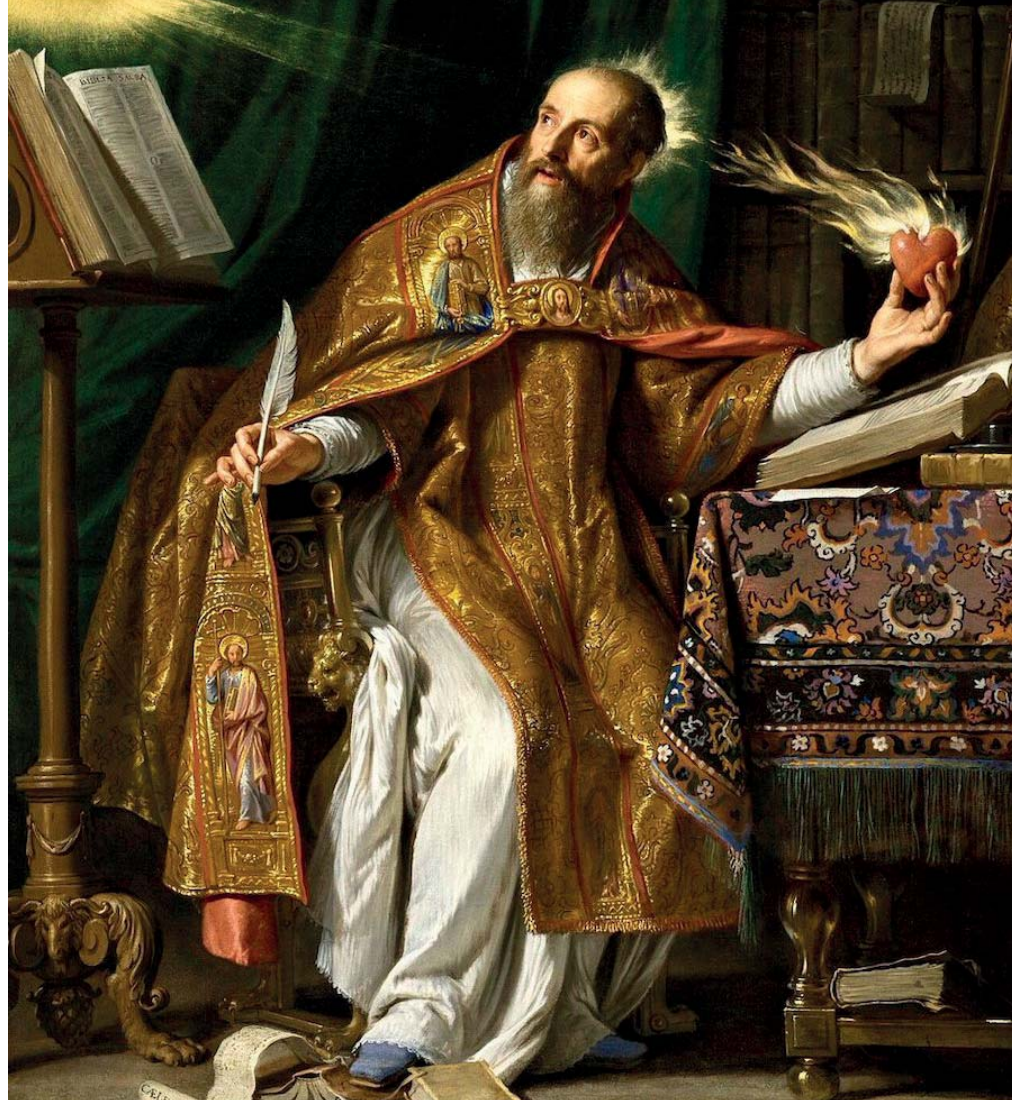
La paz, el bien social máspreciado por los hombres, el más universalmente deseado no parece garantizarse con el rumbo emprendido por el mundo actual. Tantas iniciativas fracasadas, tantos deseos inalcanzados, tantas expectativas frustradas nos invitan a reflexionar sobre las condiciones y exigencias de la paz.

LA actual situación internacional, especialmente como consecuencia de la guerra entre Rusia y Ucrania y el renovado y permanente conflicto entre palestinos y el Estado de Israel, últimamente en la versión de Hamás por el territorio de Gaza, ha dado lugar a que numerosas voces procedentes de ambientes y países muy diversos de encontradas ideologías hagan oír su voz con un mensaje urgente y al mismo tiempo patético: podemos estar en vísperas de una nueva guerra mundial. Con el fin de que este presagio no se haga realidad se ha difundido una consigna generalizada para los estados del mundo occidental: hay que destinar más presupuesto a la fabricación de armas, porque se cree que las armas pueden ser el único medio disuasorio provocado por el miedo a una nueva guerra cuyas consecuencias destructivas sin precedentes alcanzarían a todos los bandos beligerantes.

Esta situación nos invita a una breve reflexión histórica sobre los últimos treinta años.

Al caer el Muro de Berlín e iniciarse el proceso político que daría lugar a la desintegración de la URSS, cambió radicalmente el panorama internacional que había estado vigente desde finales de la segunda guerra mundial. Parecía que una vez desaparecida la causa principal de la tensión política de los últimos decenios se abría en el horizonte político internacional un período de paz. Se anunciaba un nuevo orden político internacional, garantía de una paz consolidada y estable, se afirmaba que la superioridad del sistema político y económico vigente, es decir de la democracia y de un renovado liberalismo económico, había quedado patente y se auguraba su rápida difusión y aceptación por la práctica totalidad de los países que forman la comunidad mundial.

Los hechos desmintieron de



forma rápida y demasiado contundente estos buenos presagios. Los conflictos de todo tipo pronto vinieron a caracterizar el panorama internacional, Oriente Medio, Guerra del Golfo, persistencia del conflicto árabe-israelí, conflictos culturales, étnicos y religiosos en Bosnia, conflictos también étnicos en el centro de África, y otros muchos focos de tensión entre estados o en el seno de las mismas naciones cuestionando sus actuales fronteras. Parece, por tanto, indiscutible que no se había logrado una paz estable y consolidada sino al contrario, la precariedad es la característica más notable de la situación internacional. Precariedad que es manifiesta tanto por la situación existente en los lugares en que ha habido un conflicto abierto como por los motivos de fricción que existen en el panorama internacional a los que antes hacíamos alusión.

La paz, el bien social máspreciado por los hombres, el más universalmente deseado no parece garantizarse con el rumbo emprendido por el mundo actual. Tantas iniciativas fracasadas, tantos deseos inalcanzados, tantas expectativas frustradas nos invitan a reflexionar sobre las condiciones y exigencias de la paz. La importancia y el deseo profundo de paz ha sido subrayado de forma elocuente por san Agustín en *La Ciudad de Dios*.

Tan estimable es la paz, que incluso en las realidades terrenas y transitorias normalmente nada suena con un nombre más agradable, nada atrae con fuerza más irresistible; nada, en fin, mejor se puede descubrir. Voy a hablar con cierto detenimiento de este tesoro que es la paz.

Cualquiera que observe un poco las realidades humanas y nuestra común naturaleza reconocerá conmigo que no existe

quien no ame la alegría, así como tampoco quien se niegue a vivir en paz. Incluso aquellos mismos que buscan la guerra no pretenden otra cosa que vencer, por tanto lo que ansían es llegar a una paz cubierta de gloria... «todos desean vivir en paz, incluso aquellos que declaran la guerra». (*La Ciudad de Dios* XIX, 11)

Se ha dicho, y es verdad, que la paz es fruto de la justicia. No puede ser fundamento de la paz, la ambición, el egoísmo, el equilibrio de intereses entre los estados o la ley del más poderoso, solo un orden justo es garantía de paz, si no hay por tanto, principio ordenador de las relaciones entre los hombres y los pueblos que garantice la justicia no puede haber paz. Este planteamiento de las relaciones entre la paz y el orden justo es el expresado en la conocida definición de la paz de san Agustín.

«La paz de la ciudad es la concordia bien ordenada en el gobierno y en la obediencia de los ciudadanos... La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden. Y el orden es la distribución de los seres iguales y diversos asignándoles a cada uno su lugar...»

El concepto de orden preside esta definición. Orden que hace referencia especialmente al fin y a la elección de los medios conducentes al fin, fin y medios, dados por la naturaleza del hombre y de la sociedad (a esto se refiere cuando afirma que a cada uno su lugar). No son fines arbitrariamente fijados por la voluntad humana sino derivados del mismo dinamismo o inclinación que nos muestra la naturaleza misma de las cosas. Y todos, súbditos y gobernantes, deben obediencia al orden justo. La negación de tales presupuestos

da lugar a lo que san Agustín dice que no merece el nombre de paz «la paz de los malvados no merece el nombre de la paz porque antepone la perversión a la rectitud y el caos al orden».

Esta situación de falsa paz, así como sus causas era lo que denun-

En el Concilio Vaticano II se hace una llamada urgente a pedir insistentemente con nuestra oración el don de la paz que Dios ha prometido a la humanidad cuando reconozca a Cristo como el «Rey de la Paz».

ciaba Pío XI en 1922 en su encíclica *Ubi arcano* al iniciar su pontificado: «Una cosa es segura hoy. Desde el fin de la Gran Guerra, los individuos, las diferentes clases de la sociedad y las naciones de la tierra aún no han encontrado la verdadera paz. No disfrutan, por tanto, de esa tranquilidad activa y fructífera que es la aspiración y la necesidad de la humanidad. Esta es una triste verdad que se nos impone por todos lados». Ante esta situación recordaba las palabras de los profetas como si hubieran sido escritas expresamente para nuestros tiempos «Esperábamos la paz, y nada bueno vino: un tiempo de curación, y he aquí temor» (Jer 8, 15) «el tiempo de curación, y he aquí angustia» (Jeremías 14, 19) «Esperábamos la luz, y he aquí las tinieblas... esperábamos el juicio, y no lo hay: la salvación, y está lejos de nosotros.» (Isaías 49, 9-11)

Las causas radicales de aquella y de la actual situación son las mismas: «Debido a que los hom-

bres han abandonado a Dios y a Jesucristo, se han hundido en las profundidades del mal. Desperdician sus energías y consumen su tiempo y esfuerzos en vanos y estériles intentos de encontrar un remedio a estos males, pero sin siquiera lograr salvar lo poco que queda de la ruina existente. Era un deseo bastante general que tanto nuestras leyes como nuestros gobiernos existieran sin reconocer a Dios ni a Jesucristo, sobre la teoría de que toda autoridad proviene de los hombres, no de Dios. (...) La sociedad, lógica e inevitablemente, se vio sacudida hasta lo más profundo e incluso amenazada de destrucción, ya que ya no le quedaban bases estables y todo se redujo a una serie de conflictos, a la dominación de la mayoría o a la supremacía de los intereses especiales. (*Ubi arcano*, 28)

El Concilio Vaticano II recordaba que la paz no puede estar fundada en una falsa esperanza: «si no se establecen en el futuro tratados firmes y honestos sobre la paz universal una vez depuestos los odios y las enemistades, la humanidad, que ya está en grave peligro, aun a pesar de su ciencia admirable, quizá sea arrastrada funestamente a aquella hora en la que no habrá otra paz que la paz horrenda de la muerte. Pero, mientras dice todo esto, la Iglesia de Cristo, colocada en medio de la ansiedad de hoy, no cesa de esperar firmemente. A nuestra época, una y otra vez, oportuna e oportunamente, quiere proponer el mensaje apostólico: Este es el tiempo aceptable para que cambien los corazones, éste es el día de la salvación (*Gaudium et spes*, 82). Es una llamada urgente a pedir insistentemente con nuestra

oración el don de la paz que Dios ha prometido a la humanidad cuando reconozca a Cristo como el Rey de la Paz». Esto queda resumido en la conocida afirmación de Pío XI: «La paz de Cristo en el Reino de Cristo».

«Cristo, esperanza de las naciones»

Nadie se libra del pecado por sí mismo y por sus propias fuerzas, y nadie se eleva sobre sí mismo; nadie se ve enteramente libre de su debilidad, de su soledad y de su servidumbre, sino que todos tienen necesidad de Cristo, modelo, maestro, liberador, salvador y vivificador.

En verdad el Evangelio fue en la historia de la humanidad, incluso en lo temporal, fermento de libertad y de progreso, y se ofrece constantemente como germen de fraternidad, de unidad y de paz. No sin motivo los fieles celebran a Cristo como esperanza y salvador de las naciones».

Concilio Vaticano II, Decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia (7/XII/1965)

«No hay necesidad más urgente que la de dar a conocer las inconmesurables riquezas de Cristo»

La encíclica Summi Pontificatus de Pío XII se hacía pública el 20 de octubre de 1939, al mismo tiempo que comenzaba la segunda guerra mundial. El papa recién elevado al pontificado explicaba como el olvido de Dios y el desprecio a la ley natural habían llevado al desastre que están padeciendo.



No hay necesidad más urgente, venerables hermanos, que la de dar a conocer las inconmensurables riquezas de Cristo (Ef 3,8) a los hombres de nuestra época. No hay empresa más noble que la de levantar y desplegar al viento las banderas de nuestro Rey ante aquellos que han seguido banderas falaces y la de reconquistar para la cruz victoriosa a los que de ella, por desgracia, se han separado. ¿Quién, a la vista de una tan gran multitud de hermanos y hermanas que, cegados por

el error, enredados por las pasiones, desviados por los prejuicios, se han alejado de la verdadera fe en Dios y del salvador mensaje de Jesucristo; quién, decimos, no arderá en caridad y dejará de prestar gustosamente su ayuda?

(...) Hoy día los hombres, venerables hermanos, añadiendo a las desviaciones doctrinales del pasado nuevos errores, han impulsado todos estos principios por un camino tan equivocado que no se podía seguir de ello otra cosa que perturbación y ruina. Y en primer lugar es cosa averiguada que **la fuente primaria y más profunda de los males que hoy afligen a la sociedad moderna brota de la negación, del rechazo de una norma universal de rectitud moral, tanto en la vida privada de los individuos como en la vida política y en las mutuas relaciones internacionales; la misma ley natural queda sepultada bajo la detracción y el olvido.** (...)

(...) «La salvación de los pueblos, venerables hermanos, no nace de los medios externos, no nace de la espada, que puede imponer condiciones de paz, pero no puede crear la paz. **Las energías que han de renovar la faz de la tierra tienen que proceder del interior de las almas.** Unicamente así tendrán sus decisiones consistencia interna, noble dignidad y sanción religiosa, y no fluctuarán a merced del egoísmo y de la pasión. Porque, si es verdad que los males que aquejan a la humanidad actual provienen, en parte, del desequilibrio económico y de la lucha de intereses por una distribución más justa de los bienes que Dios ha concedido a los hombres..., no es menos verdad que su raíz es más profunda e interna, pues toca a las creencias religiosas y a las convicciones morales; pervertidas con el progresivo separarse de los pueblos de la unidad de doctrina y de fe, de costumbres y de moral, en otro tiempo promovida por la labor infatigable y benéfica de la Iglesia».

Un mundo sin orden

Jorge Soley Climent

Acertaban los papas: sólo un Occidente que tenga la humildad de reconocer su ya secular desvarío y regrese a aquel que es fuente de todo orden podría revertir las actuales dinámicas y llevar al mundo a esa paz que no es otra cosa que aquel orden establecido por Dios.

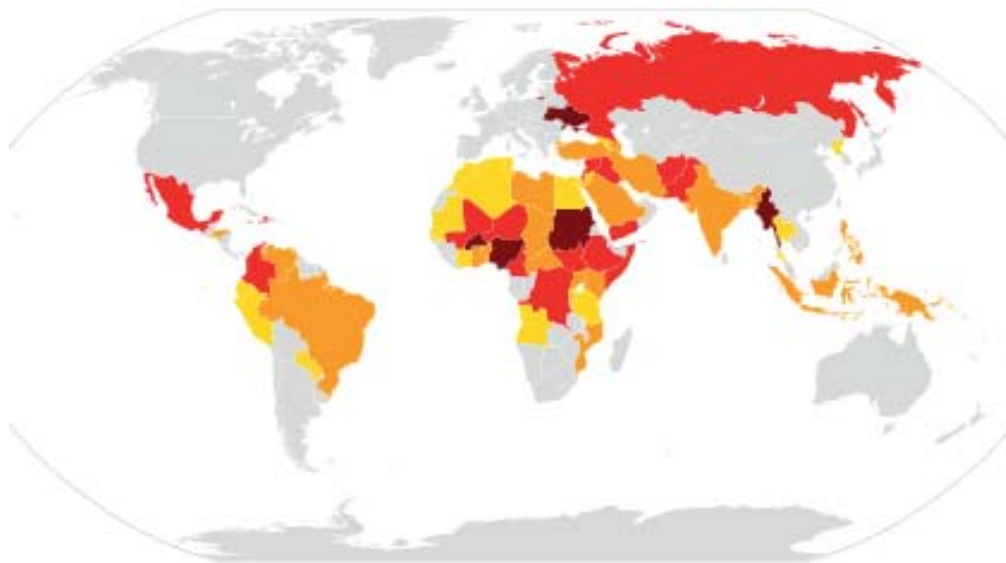
El espejismo que duró una década

TODO eran felicitaciones y parabienes. Con la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética la Guerra Fría había llegado a su fin. Ya no íbamos a vivir bajo la amenaza de una hecatombe nuclear, habíamos alcanzado el estadio final de la historia, una humanidad viviendo bajo regímenes liberales y cada vez más interconectada y global. El sueño progresista de Kant era ya una realidad.

Aquel espejismo duró apenas una década. Los ataques yihadistas que destruyeron las Torres Gemelas de Washington nos despertaron del sueño de Fukuyama. Aún hubo quienes siguieron sosteniendo que aquello era sólo un pequeño detalle, molesto pero sin mayor trascendencia, la agresión a la desesperada de un mundo abocado a la extinción frente al imparable avance de un globalismo invencible. Desde entonces, la situación no ha dejado

de empeorar y ya no son unas decenas de terroristas islámicos escondidos en las montañas afganas quienes desafían al Occidente liberal, sino que ahora son estados más o menos poderosos, como China, Rusia o Irán, quienes lo hacen, y además propugnando modelos políticos alternativos que van del islamismo al nacionalismo autoritario.

Aparece así una guerra con múltiples y nuevos rostros, asimétrica y que aprovecha todas y cada una de las fisuras del resquebrajado sistema internacional. Para el teórico de la guerra clásico, Carl von Clausewitz, ésta se definía por una unidad de tiempo, de espacio y de acción. Así, la guerra se iniciaba con una declaración de guerra y se acababa con un alto el fuego, era la unidad de tiempo. La guerra se desarrollaba en un campo de batalla preciso, era la unidad de espacio. Por último, la guerra era llevada a cabo por militares, era la unidad de acción. Es éste marco el que ha saltado por los aires. Ya la «gue-



Mapa de los conflictos armados en curso en 2024

rra contra el terrorismo» lanzada como reacción a los ataques del 11-S fueron exactamente lo contrario: sin unidad de tiempo, no finaliza nunca, sin unidad de espacio, no reconoce frentes ni fronteras, sin unidad de acción, no distingue entre civiles y militares.

Caen, una tras otra, todas las líneas rojas

Asistimos así a la aceleración del colapso del sistema de equilibrios internacional edificado tras el final de la segunda guerra mundial, el enésimo intento de erradicar el recurso a la guerra por las solas fuerzas humanas. Un programa que ya intentó el presidente estadounidense **Woodrow Wilson** al impulsar la creación de la Sociedad de Naciones en 1918, bautizando aquel conflicto como la «guerra para acabar con todas las guerras». Un cuarto de siglo después era su sucesor, **Franklin D. Roosevelt**, quien invocaba la misma idea en 1945 durante la conferencia de San Francisco que dio lugar a la creación de la ONU. Una organización, ésta, que supuestamente iba a evi-

tar la repetición de la guerra, pero que se ha mostrado en todo momento completamente impotente para lo que fue su misión original (por el contrario, ha demostrado su eficacia a la hora de difundir a lo largo y ancho del planeta el aborto, las esterilizaciones masivas o la ideología de género).

Quien recibió el título de «sheriff del mundo» no puede ya acudir a todos los lugares en los que el sistema internacional es desafiado y cada vez son más quienes toman nota de ello.

Las líneas rojas que ayer considerábamos infranqueables son traspasadas impunemente mientras, atónitos, nos adentramos en territorio desconocido. ¿Una guerra en territorio europeo? Eso era propio de un pasado ya superado... pero la guerra estalló en Ucrania. ¿Un pogrom que provoca la matanza de más de mil judíos en territorio israelí? Inconcebible... pero

Hamás lo hizo. ¿El ejército israelí lanzando una invasión terrestre sobre la Franja de Gaza? Imposible... pero ya controla la mayor parte de ese territorio. ¿El Irán de los ayatolás lanzando más de 300 drones y misiles contra Israel desde su propio país? Una locura... pero es lo que ha sucedido. Una tras otra han ido cayendo todas las más asentadas convicciones y lo único que tienen que temer los agentes implicados, más allá de la reacción de los otros actores, es una condena de papel mojado de algún comité de la ONU. La única incógnita es cuándo y dónde se quebrará una vez más el ya fatalmente erosionado sistema de equilibrios internacional.

Ya no existe ninguna autoridad internacional

Esta dinámica no es más que el reflejo de la ausencia de una autoridad capaz de preservar un orden. No hace tanto, eran los Estados Unidos quienes pretendían poseerla, y por un momento pareció incluso que así era. Ya no. Ni su prestigio e influencia (lo que llaman el poder blando), ni su capaci-

«Esperábamos el derecho y no hubo»

dad de castigar económica y militarmente a los países díscolos son hoy en día suficientes para sostener la hegemonía que se le supone a la primera potencia mundial. Quien recibió el título de «sheriff del mundo» no puede ya acudir a todos los lugares en los que el sistema internacional es desafiado y cada vez son más quienes toman nota de ello. Ocurre así no sólo en los frentes con guerra abierta, sino a lo largo principalmente de toda África y en la región del Pacífico, donde una pujante China apoya y se aprovecha al mismo tiempo de las reiteradas trasgresiones del sistema internacional.

Y ya no se trata sólo de poder y prestigio: es la misma comprensión del mundo y de la historia la que se fragmenta. En la era del victimismo, se disputa sobre cuál es el crimen fundante a partir del cual comprender el presente. Si para el mundo occidental la respuesta es la Shoa, el holocausto judío, en África se extiende la convicción de que es el colonialismo y, de su mano, el rechazo a Occidente. Sólo desde este cambio de perspectiva se entiende el reflujo mundial de la occidentalización, la creciente influencia internacional de China y Rusia o la asimilación de sionismo y colonialismo.

El problema es Occidente

Pero a pesar de la erosión de la influencia occidental, es innegable que el mundo tal y como lo conocemos ha sido conformado en gran medida por Occidente, cuyas ideas e influencia se extienden por todo el orbe, hasta el punto de ser incluso utilizadas por aquellos que se oponen a ese proceso de occidentalización. Resulta pues evidente que

Caminos de paz no conocen
y derecho no hay en sus pasos.

Tuercen sus caminos para provecho propio,
ninguno de los que por ellos pasas conocen la paz.

Por eso el derecho permanece lejos de nosotros
y no nos alcanza la justicia;

esperamos la luz pero hubo tinieblas,
la claridad, y anduvimos en la oscuridad.

Palpamos como ciegos la pared, y como privados de ojos
andamos a tientas;

Tropezamos al mediodía como si fuera el anochecer,
y habitamos entre los sanos como los muertos.

Isaías 59,8-12

la voladura del sistema internacional es, ante todo, un efecto del suicidio del propio Occidente. Una civilización, nacida como ninguna otra al calor de la religión cristiana, ha llegado en nuestros días a la conclusión del proceso de apostasía y autodemolición que inició hace ya unos siglos. La renuncia generalizada a reproducirse, la fascinación ante los miles de muertos provocados por el aborto que carcomen sus fundamentos, la pulsión de muerte que traslucen las últimas «conquistas» eutanásicas, son el reflejo de este renegar de lo que nos ha configurado, de un autodio que bien puede calificarse de oikofobia, un odio visceral hacia todo lo propio. No es de extrañar que quienes asumen estos planteamientos estén llamados a fracasar estrepitosamente a la hora de instaurar un orden en el plano internacional. Los desafíos (islámicos, nacionalistas, totalitarios...) son múltiples, pero sólo se entiende su expansión desde la constatación de nuestra extrema debilidad.

Necesidad de regresar a Dios

Quizás aquí esté la clave, en que ya no creemos en la misma posibilidad de que exista un orden y aspiramos, como mucho, al mantenimiento de un precario y cada vez más frágil equilibrio fundado en intereses contrapuestos, que supuestamente se compensarían mutuamente. Nada de principios, nada de fundamentos, conceptos todos ellos considerados dogmáticos e impositivos, y por tanto merecedores del más radical de los rechazos. Pero sin esos principios, el sistema acaba saltando por los aires.

Es lo que advertía ya Juan XXIII en la encíclica *Pacem in terris*, donde recordaba que «la paz en la tierra, suprema aspiración de toda la humanidad a través de la historia, es indudable que no puede establecerse ni consolidarse si no se respeta fielmente el orden establecido por Dios». Por ello podía también escribir que «la paz será palabra vacía mientras no se funde sobre el orden cuyas líneas fundamentales, movidos por una gran esperanza,



hemos como esbozado en esta nuestra encíclica: un orden basado en la verdad, establecido de acuerdo con las normas de la justicia, sustentado y henchido por la caridad y, finalmente, realizado bajo los auspicios de la libertad».

En efecto, el orden, también el internacional, no surge de cálculos, transacciones y equilibrios, sino de la aceptación de esa verdad que tiene su origen en Dios. No es tarea fácil, reconocía el Papa, y de hecho «su realización no puede en modo alguno obtenerse por las solas fuerzas naturales del hombre, aunque esté movido por una buena y loable voluntad. Para que la sociedad humana constituya un reflejo lo más perfecto posible del Reino de Dios, es de todo pun-

to necesario el auxilio sobrenatural del Cielo». Ese Cielo, precisamente, que es rechazado con rabia por un ensoberbecido hombre occidental que ha hecho de la imposible tarea de reemplazar a Dios su absorbente y condenada al fracaso obsesión existencial. Las consecuencias están a la vista: el mundo es cada vez más caótico, frágil y peligroso, la paz se nos escapa de las manos y la guerra se extiende por doquier. Acertaban los papas: sólo un Occidente que tenga la humildad de reconocer su ya secular desvarío y regrese a aquel que es fuente de todo orden podría revertir las actuales dinámicas y llevar al mundo a esa paz que no es otra cosa que aquel orden establecido por Dios.

No escuchéis sus palabras: os engañan

Los que os profetizan: os engañan; os cuentan visiones de su imaginación, no de la boca de Yahvé.

A los que desprecian la palabra de Yahvé les dicen: «Tendréis paz» y a los que siguen la obstinación de su corazón, les dicen: «Ningún mal os vendrá».

Pero ¿quién ha asistido al consejo de Yahvé y ha visto y oído su palabra? ¿quién ha atendido a su palabra y la ha escuchado?

No envié a los profetas y ellos corrían; no les hablé y ellos vaticinaban. Si hubieran asistido a mi consejo, habrían anunciado mis palabras a mi pueblo; lo habrían apartado de su mal camino y de la perversidad de sus acciones.

¿Acaso soy sólo un Dios de cerca, dice Yahvé, y no un Dios de lejos? ¿Hasta cuándo ha de haber en mi pueblo profetas que anuncian la mentira, que profetizan sus desvaríos, que llevan a mi pueblo con sus sueños a olvidarse de mí, con los sueños que se cuentan unos a otros, como sus padres me olvidaron por Baal?

¿Cómo comparar la paja con el grano?, palabra de Yahvé.

¿No es mi palabra como el fuego, y como el martillo que desmenuza la piedra?

Jeremías, XXIII,16-29

La paz de Cristo en santo Tomás de Aquino

Fr. Dominic M. Langevin, O.P.

Con demasiada frecuencia, somos tímidos a la hora de ver o invocar respuestas divinas, sobrenaturales, para los problemas humanos. Sin embargo, el sacerdote y la Eucaristía –es decir, las realidades sobrenaturales– son instrumentos de paz.

DURANTE varias décadas, los países europeos parecían estar en paz, y en contra de intervenciones militares. Este hecho cambió con la invasión rusa de Ucrania. La guerra y la paz han vuelto a la agenda europea. Más recientemente, Tierra Santa ha vuelto a caer en un conflicto armado por la invasión de Hamás a Israel y por la invasión israelí a Gaza. En nuestras democracias occidentales, los periodistas hablan de una mayor polarización política y social. Dentro de nuestra Iglesia católica, los comentaristas también hablan de un aumento de las divisiones y la polarización.

Sin embargo, nosotros, los católicos, predicamos la paz. De hecho, no sólo hablamos de paz. También podemos alcanzar la paz. Más bien, podemos ser los instrumentos por los que Cristo hace

eficaz la paz. Los hippies de San Francisco de los años sesenta podían hablar de paz. Pero los católicos somos las personas más capacitadas para llevarla a cabo, como representantes de Cristo.

En honor de **santo Tomás de Aquino**, quiero hablarles hoy sobre la paz. Uniendo vuestro mundo de España y mi mundo de América, se dice que los tomistas españoles del siglo XVI ayudaron a fundar el derecho internacional y los derechos de los pueblos. Una estatua del tomista español Francisco de Vitoria se alza en el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York como testimonio de esta importante labor.

Quisiera desarrollar estos fundamentos hispanos con relación a la paz internacional e investigar con vosotros cómo se puede alcanzar la paz a través de la Eucaristía y del sacerdocio católico.

Resumen de la conferencia «Paz, Eucaristía y sacerdocio según santo Tomás de Aquino» pronunciada por el P. Dominic Langevin, O.P. organizada por el Instituto Santo Tomás junto con la Facultad de Filosofía de Cataluña para conmemorar la festividad de santo Tomás de Aquino. La segunda parte sobre la Eucaristía como sacramento de paz fue publicada en el número de febrero de 2024.

Con demasiada frecuencia, podemos tener poca amplitud de miras al no reconocer cómo el sacerdote y la Eucaristía pueden lograr el cambio individual y social de la paz. En la época moderna, los católicos hemos respondido con demasiada frecuencia a las cuestiones de orden social con respuestas de orden meramente natural: por ejemplo, la ley natural o las virtudes morales adquiridas. Con demasiada frecuencia, somos tímidos a la hora de ver o invocar respuestas divinas, sobrenaturales, para los problemas humanos. Sin embargo, el sacerdote y la Eucaristía –es decir, las realidades sobrenaturales– son instrumentos de paz. Pacifican.

Santo Tomás de Aquino, quien será hoy nuestro guía santo, ofrece recursos excepcionales para nuestro estudio de la paz: la Eucaristía y el sacerdocio. Con su visión integradora y sintética de la realidad, nos ayuda a ver las conexiones entre Dios, Cristo, la salvación, los sacramentos, la comunidad, los hombres y la moral. Ningún otro teólogo ha sido tan completo y preciso en la exposición de la verdad. **Con respecto a la paz y los sacramentos, nos muestra la unidad teológica entre la moral y los sacramentos. No podemos tener paz sin virtud. No podemos tener paz sin los sacramentos. No podemos tener los sacramentos sin paz y virtud.** Porque Tomás muestra la unidad católica entre el dogma y la moral, es una excelente guía para nosotros, constructores de paz.

La naturaleza de la paz

En primer lugar, ¿qué es la paz en general?

Casi al principio de su tratado de la caridad en la *Secunda secundae*, santo Tomás dedica una cuestión a la paz. Distingue entre los términos «concordia» (concordia en latín) y «paz» (*pax*). Dice Tomás: «La concordia, propiamente dicha, se da entre un hombre y otro, en la medida en que las voluntades de sus corazones se unen en un mismo consenso»¹. Con la concordia, hay unidad entre diferentes personas sobre el mismo bien deseado.

Para santo Tomás, la paz tiene un requisito adicional más allá de la concordia. Dice: «La paz denota [...] la unión de los apetitos incluso en un solo hombre»². Así, la concordia implica la unidad externa de los hombres hacia algún bien. La paz implica la unidad interna dentro de cada hombre.

En el mundo secular de hoy, cuando la gente emplea la palabra «paz», Santo Tomás probablemente usaría la palabra «concordia». La concordia sugiere un tipo de acuerdo político o social.

La concordia no tiene por qué ser virtuosa. La concordia

1 STh, II-II, q. 29, a. 1.

2 Ibidem.



Cristo bendiciendo, Catedral de Barcelona (España)

podría surgir en una banda de drones que desean robar juntos un banco. Pero la paz, porque implica la unidad interna de todos los apetitos del hombre –intelectual, animal y natural– sólo puede darse en el hombre virtuoso.³ Los apetitos del hombre vicioso están en guerra entre sí. Pero, en el hombre virtuoso, los apetitos están ordenados por la razón y la fe. Operan juntos. Así, pueden alcanzar sus fines y estar en reposo. Así, **santo Tomás asume y reutiliza una frase de san Agustín, diciendo: «la paz es la tranquilidad del orden».**⁴

El único objeto verdadero de la paz es Dios, porque sólo Él puede satisfacer todos los apetitos de la persona. Como escribió san Agustín refiriendo a Dios: «Nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti».⁵ La paz es lo contrario de la «inquietud». Por eso, escribe santo Tomás, «el corazón del hombre no está en paz, mientras no tiene lo que quiere, o si, teniendo lo que quiere, aún le queda algo por querer y no puede tener al mismo tiempo».⁶

Lo que estamos describiendo con la paz es teología moral fundamental. Volvemos a las cinco primeras cuestiones de la *Prima secundae*. Estamos hablando del «último fin de la vida humana», «la felicidad», y de «si la felicidad del hombre consiste en la riqueza», «los honores», «la gloria», «el poder», «los bienes corporales», «el placer», la propia

alma o «algún bien creado».⁷ La paz se refiere a esa felicidad que es la «participación» humana que todo lo abarca en «el bien increado», Dios mismo.⁸

La virtud que realiza esta unión perfectísima con Dios es la caridad.

La paz para nosotros, pecadores, llega por el medio divinamente novedoso de Jesucristo y su salvación.

Así, la virtud que más perfectamente realiza la paz es la caridad. La caridad da tanto la concordia –unión de la voluntad con otros hombres rectos– como la paz –unión de la voluntad de cada hombre⁹–. Para el hombre caritativo que está en paz, sus apetitos tienen a Dios como objeto propio. Y amando a Dios, ese hombre caritativo está unido a los demás hombres en cuanto Dios está unido a ellos. Y así, ese hombre caritativo está en paz con esos otros hombres del mismo modo y en el mismo grado.

La paz puede describirse como un estado del ente: un estado de orden, libre de dificultades, en reposo, unido al objeto deseado. Pero la paz es también un acto: la creación de orden y unión, el acto de pacificar o pacificación, el acercamiento de facciones enfrentadas, la curación y la elevación.

La causa de la paz

Si el único objeto verdadero de la paz es Dios –que está más allá de

nuestro alcance por nuestros propios medios naturales– entonces el único dador de paz es Dios.

Nuestra incapacidad creatural para procurarnos la paz se complica aún más por nuestros pecados. A su vez, el pecado ha complicado la capacidad del Creador para proporcionarnos esa paz. Esto no quiere decir que la capacidad de Dios sea limitada. Más bien, los pecadores somos destinatarios difíciles de paz. Los pecadores somos más conflictivos, más inclinados a la división, más impacientes.

La paz para nosotros, pecadores, llega por el medio divinamente novedoso de Jesucristo y su salvación. San Pablo escribe que «en Él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por Él y para Él quiso reconciliar todas las cosas, las del Cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz».¹⁰ En efecto, la paz sólo es posible mediante el sacrificio de Cristo.

La ironía divina es que un acto de sacrificio, el derramamiento de la sangre de Cristo, un acto de desunión, es verdaderamente un acto que unifica y pacifica. De nuevo, como dijo san Pablo, Dios Padre «[hace] la paz mediante la sangre de la cruz [de Cristo]». O, como dice san Pablo a los Efesios, «ahora, en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, estáis cerca por la sangre de Cristo. Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad».¹¹

Dios es el dador de la paz. Nos da la paz por medio de Cristo. Y nos da la paz a través de los actos de Cristo: actos que ocurrieron hace

3 STh, II-II, q. 29, a. 2, ad 1; a. 2, ad 3.

4 STh, II-II, q. 29, a. 1, ad 1. Véase también a. 2. La fuente agustiniana es: *De civitate Dei*, 19, 13.

5 «Inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te». *Confessiones*, 1, 1. Texto latino del *Corpus Christianorum, Series latina*, 27 (L. Verheijen, 1981).

6 STh, II-II, q. 29, a. 1.

7 STh, I-II, qq. 1-2.

8 STh, I-II, q. 3, a. 1, corpus et ad 1.

9 STh, II-II, q. 29, a. 3.

10 Col 1,19-20.

11 Ef 2,13-14.

dos mil años y actos que ocurren ahora. Podemos decir que todos los medios de salvación de Cristo son actos de paz por la conexión entre caridad y paz.

La Pasión y la Resurrección de Jesús son actos instrumentales por los que el amor de Dios irrumpe en nuestro rechazo hacia Él. Contra nuestra dureza de corazón –una dureza que era universal, excepto en la Santísima Virgen María– era necesaria la iniciativa de Dios a nivel universal: la Pasión y Resurrección de Cristo. Y la iniciativa de Dios es necesaria a nivel individual, para aplicar la salvación de Cristo en las almas de las personas individuales mediante la fe y los sacramentos.

Mientras que san Pablo identifica la sangre sacrificada de Cristo como la causa de la paz, los actos instrumentales que participan de esa sangre participan también de la causación de la paz. Los sacramentos son, pues, causas de la paz.

La Eucaristía, sacramento de paz

La paz es un efecto de la caridad. El hecho de que la Eucaristía sea un o el «sacramento de la paz» se fundamenta en el hecho de que la Eucaristía es un o el «sacramento de la caridad», *sacramentum caritatis*. La Eucaristía presupone la caridad y realiza la caridad. La Eucaristía presupone la caridad en la medida en que el sacramento sólo puede celebrarse litúrgicamente en un contexto eclesial. La Iglesia fue constituida en la caridad por Cristo. La Iglesia está vinculada en la caridad entre sus miembros en la tierra, en el Purgatorio y en el Cielo. Según santo Tomás, la estructura sacramental de la Eucaristía revela esta dimensión caritativa. Santo Tomás describe cómo la unión ca-

ritativa se significa en la Eucaristía por sus especies: a saber, la unión de muchos granos que se utilizan para formar un trozo de pan, y la multitud de uvas que se utilizan para formar una cantidad de vino. La multitud se une armoniosamente en algo uno.

El sacerdote como agente de paz

Si la Eucaristía es un sacramento de paz, y si el sacerdocio está intrínsecamente unido con la Eucaristía, entonces el sacerdote católico es también un instrumento de paz.

Mientras que la paz tiene que ver con la tranquilidad en el orden, el sacerdote también tiene que ver con el orden. El sacerdote establece el orden salvífico de Dios en la tierra, en una especie de movimiento descendente. El sacerdote también establece el orden entre la gente y en la gente, en una especie de dimensión horizontal.

El sacerdote, como mediador entre Dios y los pecadores, «está en la brecha», como Moisés y, sobre todo, como Jesús. El sacerdote, como mediador, es pacificador.

En su función santificadora, el sacerdote da la paz con frecuencia en su ministerio sacramental. En la Misa, es el sacerdote quien dice antes de la Comunión: «La paz del Señor esté siempre con vosotros». Es a través de las manos del sacerdote consagrante que recibimos el sacramento eucarístico de la paz. En el sacramento de la penitencia, cuando el sacerdote absuelve, dice: «Dios Padre... te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados» etc. Y en la mayoría de las fórmulas de despedida post-absolución, el sacerdote concluye: «Id en paz». Si acudimos al sacramento de

la unción de los enfermos, uno de los efectos del sacramento es fortalecer la paz ante las tentaciones finales del proceso de morir.¹²

Conclusión

Para concluir, tal vez pueda someter a vuestra consideración dos temas: uno social y otro sacramental.

En primer lugar, en el plano social, el creciente reconocimiento por parte de la Iglesia de la virtud del diálogo y la diplomacia a lo largo de los siglos no debe ocultar la verdad y la práctica de que se necesitan medios sobrenaturales para la paz. Estos medios sobrenaturales incluyen los sacramentos. Si no fuera por la Eucaristía y el sacerdocio católico, la violencia en nuestras sociedades cristianas sería mayor. Y si no hubiera luz y sanación cristianas en el mundo, la guerra sería aún más frecuente. De hecho, el cristianismo ha marcado una diferencia social positiva en la historia de la humanidad.

Como segunda consideración final, vuelvo a lo sacramental. La Eucaristía es el sacramento preeminente de la paz porque es sustancialmente el «Rey de la Paz», Jesucristo, y porque Cristo está activo en este sacramento. Los otros seis sacramentos no implican la plena presencia sustancial de Cristo pero comunican el poder de Cristo. Y ese poder es también pacificador. Cada uno, a su manera, significa y realiza la paz de Cristo. La Eucaristía es un sacramento de paz a través de la nutrición sacrificial. El sacerdocio comunica la paz a través de la mediación jerárquica y la bendición.

Gracias a Jesucristo por su paz.

12 CEC 1520.

El arco iris de la Pax Romana

Padre Ramón Orlandis (†)

El 15 de junio de 1946 apareció por primera vez un artículo del padre Orlandis titulado «El arco iris de Pax Romana». El tema que ponía el padre Orlandis a la consideración de sus lectores, era aquel acto grandioso de consagrar el mundo al Sagrado Corazón de Jesús que realizó el papa León XIII como la única esperanza posible de paz para la humanidad.

Precisamente por la gravedad de los males es por lo que no se puede poner la esperanza en remedios humanos. Hay que sobrenaturalizarlo todo, de modo muy especial hay que sobrenaturalizar la esperanza cristiana en estos tiempos tan apocalípticos en que la humanidad no halla el camino de la paz porque no la espera del único que puede traerla, el Sagrado Corazón de Jesús.

El Corazón de Jesús, la divina señal para nuestro tiempo

AL finalizar la encíclica *Annum Sacrum* afirma el papa León XIII sin dejar lugar a dudas la eficacia de remedio y de salud, de justicia y de paz sólida, que aportaría al mundo alejado de Cristo el acatamiento de su soberanía divina. Y entonces, con la intención manifiesta de inspirar alientos de confianza, suelta la rienda a su estilo y se remonta a las alturas de lo sublime a semejanza de los profetas de Israel y brota de su pluma aquella majestuosa comparación. «Cuando la Iglesia cercana aún a sus orígenes se sentía oprimida por el yugo cesáreo, se dejó ver la cruz en lo alto, al joven emperador, pre-nuncio y causa a la par de la victoria

nobilísima que al poco se siguió. He aquí que hoy se ofrece a nuestros ojos una señal dichosísima y divinísima: es a saber, el Corazón sacratísimo de Jesús, rematado por la cruz, y refulgiendo entre llamas de purísimo resplandor. En Él hay que poner la esperanza; de Él hay que impetrar y esperar la salvación».

El paralelismo es perfecto. A Constantino se le aparece la cruz, pre-nuncio y causa de la victoria, que inaugurará el imperio cristiano. Al mundo actual una sola salvación le queda, la sujeción voluntaria a la soberanía de Cristo, es decir, la victoria de Cristo sobre el mundo por el amor; hoy aparece a nuestros ojos una señal divinísima, el Corazón de Jesús tal como se apareció a santa Margarita María, tal como el pueblo cristiano lo ha recibido por



La visión de Constantino,
adaptación de un fresco del Vaticano por I.M^a. Serra Goday

medio de ella en imagen. *Signum auspicatissimum*, preuncio de promesas y victoria; de la victoria de Jesucristo por amor, sobre el mundo sublevado contra su imperio de amor.

Huelgan los comentarios.

El papa Pío XI, en su encíclica *Miserentissimus Redemptor*, transcribe íntegramente aquel pasaje de León XIII, se lo hace suyo sin reserva, lo declara y lo confirma ampliamente, y después de recordar la solemne consagración del mundo, afirma que al instituir por su encíclica *Quas primas* la fiesta de Cristo Rey, ha querido dar complemento y perfección al acto de León XIII, el cual a su vez fue el resultado de la confesión de la realeza de Cristo, que entrañaban las consagraciones particulares al Corazón de Jesús, y concluye con aquellas palabras

de mucha mayor claridad y precisión que las de León XIII: «Al hacer aquello –al instituir la fiesta de Cristo Rey– no tan sólo pusimos en evidencia la suprema soberanía que Cristo posee sobre el mundo universo, sobre la sociedad civil y doméstica, sobre cada hombre en particular, sino también anticipamos las alegrías de aquel día felicísimo en que el universo entero de grado y de voluntad obedecerá al imperio suavísimo de Cristo Rey.» [...]

Un soberano amante del pueblo es digno de amor

Su persona es tanto más atractiva cuanto más aúna la bondad de corazón con la elevación de su majestad. Es verdad que Jesús amigo, Jesús hermano, Jesús esposo atrae

más fácilmente el corazón y lo mueve a ternura. Pero considerado el plan de Dios cifrado en aquella fórmula «al Reino de Cristo por la devoción y el amor al Corazón de Jesús», es más conducente a este plan hacerle amar de los hombres como Rey soberano, mucho más siendo como es, según dice León XIII, Rey que reina por la verdad, por la justicia, por el amor.

Bastará leer con atención los pasajes transcritos en este artículo de los documentos pontificios para echar de ver que la paz a que aspiran los pontífices romanos, la paz que esperan del Corazón de Jesús, la paz de Cristo en el Reino de Cristo, no es aquella paz precaria y circunstancial que puede dar la diplomacia, o los tratados internacionales. No es una paz condicionada a las tristes circunstancias actuales. Esta es la paz del mal menor, a la cual es prudente acogerse, cuando no puede alcanzarse el bien mayor. Será una paz que un pontífice romano admitirá prudentemente como la habrían admitido tantos pontífices romanos. Pero no es la auténtica *pax romana*: la paz de Cristo en el Reino de Cristo.

La auténtica *pax romana* va precedida de una señal, de la señal de un arco iris. ¿Y cuál es este arco iris de paz? Nos lo dice Pío XI en su encíclica *Miserentissimus Redemptor*: «Así como en los tiempos antiguos, al salir la familia humana del Arca de Noé quiso Dios que les brillara un signo, el arco que apareció en las nubes, así en las circunstancias turbulentísimas de la edad moderna..., el benignísimo Jesús manifestó en lo alto a los pueblos su Corazón sacratísimo, como bandera de paz y caridad, prenda segura de la victoria en la lucha.»

El más grande destructor de la paz es el aborto

Francesc M^a Manresa i Lamarca

Conviene recordar de nuevo aquella frase que pronunció santa Teresa de Calcuta en 1979, en el discurso de entrega del Premio Nobel de la Paz: «El más grande destructor de la paz es el aborto»

LA actualidad nos ha traído un nuevo titular sobre el aborto: Francia se ha convertido en el primer país del mundo en incluir en su constitución el derecho de la mujer a la «interrupción voluntaria del embarazo». Y es que el aborto es un tema de actualidad, un tema político y social de primer orden, y una batalla actual... con la que ya ha amenazado el primer ministro francés: «Hoy no es el fin de una historia, es el principio de un combate [...] Y nosotros no descansaremos hasta que esta promesa [de que se reconozca universalmente el derecho fundamental al aborto] se cumpla en todo el mundo».¹

Algunos contratiempos² a esta «conjura contra la vida, que ve implicadas incluso instituciones internacionales»³, han hecho recrudecerse medios, políticas y leyes,

1 Emmanuel Macron, Discurso en la «*cérémonie de scellement*» el 8 de marzo de 2024

2 Principalmente la revocación de la sentencia *Roe vs Wade* en los Estados Unidos el 24 de junio de 2022

3 San Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 12

porque en todos los países –también en España, donde parece prohibido siquiera mencionarlo– hay una guerra abierta por el «derecho al aborto», una oscura presión por manifestarlo e imponerlo, una guerra diabólica que no cesa, una sed insaciable que clama sangre de vidas humanas.

50 años: de derrota a victoria

Hace 50 años se votó por primera vez la despenalización del aborto en Francia. No era ni mucho menos el primer país en hacerlo: mucho antes todo el bloque de países de la órbita soviética lo había hecho⁴, también lo habían hecho Inglaterra (*Abortion act*, 1967) y los Estados Unidos (*Roe vs Wade*, 1973), entre otros. En la tribuna de oradores del parlamento francés se presentó Simone Veil, una judía francesa superviviente al holocausto nazi, entonces ministra de Sanidad, Se-

4 Legislación sobre la práctica del aborto en el mundo - Wikipedia, la enciclopedia libre

guridad Social y Salud del gobierno «conservador» de Jacques Chirac. Aquel gobierno, por boca de su única mujer, propugnó *la despenalización del aborto aun considerando que «nunca nadie ha negado, y la ministra de Salud menos que nadie, que el aborto es una derrota, cuando no un drama»*⁵ e incluso «de que no se trata de un acto normal o banal, sino de una decisión grave que no puede ser tomada sin haber pensado antes las consecuencias, y que conviene evitar a toda costa.»⁶

50 años es el tiempo que ha necesitado el crimen abominable del aborto para pasar de ser considerado una derrota legal y tolerada a una victoria, que inscrita en su constitución «pone el broche final a una larga lucha por la libertad.»⁷

Entendemos por su responsabilidad y sus consecuencias terribles la gravedad del acto que ha llevado a cabo la cámara legislativa francesa consagrando como derecho fundamental el aborto; pero no debería sorprendernos ni siquiera parecernos una aberración mayor que la arrogación del Estado de poder establecer todo lo que es o no derecho, todo lo que está bien o mal.

Pero es que esto estaba ya en aquel discurso de Simone Veil proclamando con Montesquieu que «la naturaleza de las leyes humanas es estar sometidas a todos los accidentes posibles y variar de acuerdo a la voluntad cambiante de los hombres»⁸; la voluntad cambiante y absoluta, quería decir,

5 Simone VEIL, discurso pronunciado el 26 de noviembre de 1974 en la Asamblea Nacional.

6 Simone Veil, Ídem

7 Emmanuel Macron, discurso en la «*cérémonie de scellement*» el 8 de marzo de 2024

8 Cf. Simone Veil, Ídem

esto es, la que se arroga el derecho a «decidir sobre lo que está bien»⁹, la que prepara el camino que va de una prohibición a un derecho.

De este modo, asistimos de nuevo a aquel estado tirano que denunciaba san Juan Pablo II, que ya no reconoce el derecho originario e inalienable a la vida sino que lo pone en discusión o lo niega sobre la base de un voto; de ese modo el

El aborto es una herida gravísima causada a la sociedad y a su cultura por quienes deberían ser sus constructores y defensores, [...] una enorme amenaza contra la vida: no sólo la de cada individuo, sino también la de toda la civilización.

Estado deja de ser la «casa común» donde todos pueden vivir según los principios de igualdad fundamental, y se transforma en Estado tirano, que presume de poder disponer de la vida de los más débiles e indefensos, desde el niño aún no nacido hasta el anciano, en nombre de una utilidad pública que no es otra cosa, en realidad, que el interés de algunos.¹⁰

El aborto tiene un doble fundamento: la proclamación de una libertad que es voluntad soberana sin trabas ni límites y el desprecio de la vida humana. Por el contrario, debemos proclamar «que no hay libertad fuera o contra la verdad [y] que la defensa categórica –esto es, sin concesiones o

9 Cf. Simone VEIL, Ídem

10 San Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 20

compromisos– de las exigencias absolutamente irrenunciables de la dignidad personal del hombre, debe considerarse camino y condición para la existencia misma de la libertad.»¹¹

Tristemente, a día de hoy, la Iglesia sea la única institución que se alza como baluarte ante las «colonizaciones ideológicas» que anteponen a la realidad de la vida conceptos reductivos de libertad presumiendo como conquista un insensato «derecho al aborto», que es siempre una trágica derrota¹²; porque «la firmeza de la Iglesia en defender las normas morales universales e inmutables no tiene nada de humillante. Está sólo al servicio de la verdadera libertad del hombre.»¹³

Aunque tu madre te olvide, yo no te olvidaré (Is 19,15)

También decía Veil en aquel discurso que el gran ausente en aquella ley «¿no es acaso esa promesa de vida que la mujer lleva dentro de ella? [...] una posibilidad futura, un frágil eslabón de la transmisión de la vida que tendrá que vencer muchos obstáculos antes de llegar a término.»¹⁴ ¡Qué hipocresía! No es el ausente, sino el objeto de aquella ley: su víctima; no es tampoco una promesa de vida, sino una vida. No es una posibilidad futura, sino una realidad presente

11 San Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, 96

12 Cf. Francisco, discurso en el encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático el 28 de abril de 2023 en el viaje apostólico a Hungría

13 San Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, 96

14 Cfr. Simone Veil. Ídem



en el seno materno. No es un frágil eslabón en la transmisión de la vida, sino su término. «¡Ay, los que llaman al mal bien, y al bien mal!; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad» (Is 5, 20).

En cambio, ya proclamó la Madre Teresa que «Dios lo dice claramente: Incluso si una madre puede olvidar a su hijo, Yo no te olvidaré, te llevo grabado en la palma de mi mano. Estamos grabados en la palma de su mano, tan cerca de Él que el niño todavía no nacido ha sido tallado en la palma de la mano de Dios.»¹⁵

Porque aquí de lo que se trata no es de un olvido o de un derecho, sino de una guerra, según santa Teresa de Calcuta: «realmente es una guerra contra los niños matar directamente a un niño inocente, asesinado por su propia madre. Si aceptamos que una madre puede

asesinar a su propio hijo, ¿cómo podemos decirle a los demás que no se maten unos a otros? ¿Cómo podemos convencer a una mujer de no tener un aborto? Como en todo, debemos persuadirla con amor y recordemos que amar significa dar hasta que duela. Jesús dio hasta su vida por amarnos. Así que la madre que esté pensando en abortar, debe ser ayudada a amar, o sea, a dar hasta que le duelan sus planes, o su tiempo libre, para que respete la vida de su hijo. Porque el niño es el mayor regalo de Dios a la familia, porque ha sido creado para amar y ser amado.»¹⁶

El gran enemigo del amor y de la paz

Aquella ley que pretendía ser aplicable, disuasiva y protectora¹⁷,

que prometía que «ningún médico o auxiliar médico se verá jamás obligado a realizar un aborto»¹⁸, que decía «que si bien ya no prohíbe, no por eso crea un derecho al aborto»¹⁹—según las palabras de Simone Veil—, ha demostrado ser todo lo contrario, porque hay una realidad inapelable que todos hemos experimentado y que ya la Madre Teresa anunciaba: «el aborto sólo lleva a más abortos.»²⁰ Aquella ley, como cualquier otra promulgada siempre con los mismos falaces argumentos, solo ha servido para fomentar el aborto, para imponer la cultura del descarte —en expresión del papa Francisco— o la cultura de la muerte —en expresión de san Juan Pablo II—.

Conviene recordar de nuevo aquella frase que pronunció santa Teresa de Calcuta en 1979, en el

15 Cf. Santa Teresa de Calcuta, discurso de entrega del premio Nobel de la Paz en 1979

16 Santa Teresa de Calcuta, discurso del 3 de febrero de 1994 en Washington D.C.

17 Cf. Simone Veil, Ídem

18 Cf. Simone Veil, Ídem

19 Cf. Simone Veil, Ídem

20 Santa Teresa de Calcuta, discurso del 3 de febrero de 1994 en Washington D.C.

discurso de entrega del Premio Nobel de la Paz: «El más grande destructor de la paz es el aborto».²¹

Es destructor de la paz la eliminación deliberada y directa de un ser humano en la fase inicial de su existencia²²; es destructor de la paz lo que degrada la civilización humana, deshonra más a sus autores que a sus víctimas y es totalmente contrario al honor debido al Creador²³; es destructor de la paz la legislación abortista en cualquiera de sus manifestaciones; es destructora de la paz la cultura de la muerte; es destructor de la paz el feminismo que lo considera «sagrado»; es destructora de la paz la actitud social que

ve en el aborto una solución ante el contratiempo de un embarazo; es destructor de la paz el acoso al que es sometida la mujer para que acabe con esa vida inoportuna; es destructor de la paz que cada vez que se anuncia un embarazo haya que justificar si es o no deseado; es destructora de la paz la estructura de «abortorios» que abundan en nuestras ciudades; es destructor de la paz que se le obligue a las madres por «protocolo médico» a decidir sobre la vida de su hijo; es destructora de la paz la ley que convierte a la madre en juez inicuo, a los vecinos en acusadores y a los médicos en verdugos... «porque el aborto va más allá de la responsabilidad de las personas concretas y del daño que se les provoca, asumiendo una dimensión fuertemente social: es una herida gravísima causada a la sociedad y a su cultura por quienes deberían ser sus constructores y

defensores, [...] una enorme amenaza contra la vida: no sólo la de cada individuo, sino también la de toda la civilización.»²⁴

Porque «cuando una sociedad se encamina hacia la negación y la supresión de la vida, acaba por no encontrar la motivación y la energía necesaria para esforzarse en el servicio del verdadero bien del hombre. Si se pierde la sensibilidad personal y social para acoger una nueva vida, también se marchitan otras formas de acogida provechosas para la vida social».²⁵

Y es que «un país que acepta el aborto, no le enseña a su gente a amar, sino a utilizar violencia para conseguir lo que quieren. Es por esto que el mayor destructor del amor y de la paz es el aborto».²⁶

21 Santa Teresa de Calcuta, discurso de entrega del premio Nobel de la Paz en 1979

22 Cf. San Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 58

23 Concilio Vaticano II. *Gaudium et spes*, 27

24 San Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 59

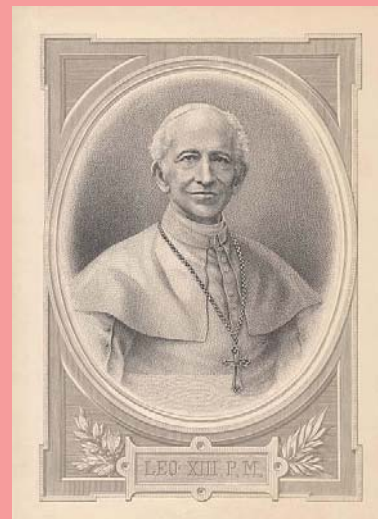
25 Benedicto XV, *Caritas in veritate*, 28

26 Santa Teresa de Calcuta, discurso del 3 de febrero de 1994 en Washington D.C.

«De nuevo brillará la paz»

Hay que recurrir, pues, a quien es el camino, la verdad y la vida. Nos hemos desviado: hay que volver al camino; se han obscurecido las inteligencias; hay que iluminarlas con la luz de la verdad; la muerte se ha enseñoreado de nosotros; hay que apoderarse de la vida. Entonces podrán sanarse finalmente tantas heridas, todo derecho volverá a recobrar su primitiva autoridad, y de nuevo brillará la paz, y caerán de las manos las espadas, cuando todos acepten gustosamente el imperio de Cristo y le obedezcan, y confiese toda lengua que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

León XIII, *Annum Sacrum*



¿Qué queda de la propuesta cristiana en Europa?*

Mathieu Bock-Côté

Esta es la extraña paradoja de la modernidad: el hombre creyó crecer reduciéndolo todo a su medida... y al final se descubrió minúsculo.

EL hombre de hoy, sobre todo si es europeo, debe tener la impresión de vivir en un museo o en un plató de cine. Imaginémosle deambulando por una gran ciudad, topándose con grandes y bellas iglesias, o incluso con una catedral: de vez en cuando las observará, quizá incluso llegue a admirarlas, pero le seguirán resultando fundamentalmente extrañas. Las encontrará seguramente inspiradoras, si es que no está ya demasiado acostumbrado al paisaje urbano, pero nunca entenderá realmente el nervio espiritual que hay detrás de su construcción.

En alguna rara ocasión se preguntará, también, quiénes son esos santos que han dado nombre a las calles y avenidas de su ciudad. Ve por todas partes huellas de una civilización cristiana que no comprende, pero a la que sabe, no obstante, que pertenece. En otras palabras, está inmerso en un universo de sentido que se le escapa, aunque se sienta ligado a él por

las fibras más íntimas de su ser, lo que puede llevarle a sentirse desgarrado cuando ve arder una catedral que ha resistido el paso del tiempo o cuando ve derrumbarse la iglesia de su pueblo. Está ligado a lo que Pierre Manent llama «la propuesta cristiana», que ha marcado tan profundamente a Europa que se ha confundido con ella durante siglos, de modo que hoy no podemos negar la primera sin sacrificar la segunda.

La extraña paradoja de la modernidad

Esta disociación, sin embargo, se halla en el corazón de la modernidad. Con el tiempo hemos llegado a olvidarlo, pero la Revolución Francesa fue fundamentalmente anticatólica. Se trataba de arrancar la matriz de una civilización y sustituirla por otra, portadora de la promesa de un nuevo gran comienzo, de un nuevo año cero. El hombre iba a renacer liberado de toda

*Le Figaro, 20/4/2024



Detalle del claustro de la catedral de Oviedo

trascendencia, capaz por fin de autoengendrarse. Pero para ello, el mundo de ayer debía ser arrasado con furia iconoclasta: el hombre moderno se sentía humillado por la grandeza del pasado y quería conseguir plenos poderes sobre el mismo, deconstruyéndolo piedra a piedra, confiscando sus obras, profanando sus tumbas, arrancando la cruz de la faz del mundo.

La hipnosis nihilista duró evidentemente poco tiempo, pero algo quedó de ella, en particular una aversión a la religión católica, que el moderno militante sigue considerando, en el fondo, como el último obstáculo a su tentación demiúrgica. Resulta, no obstante, menos importante saber si el hombre cree en Dios que saber si se cree Dios. Pues esta pretensión es el origen de muchos desastres. A la inversa, el escepticismo frente a la modernidad no es, contrariamente a lo que se podría creer, otra manera de llamar a la nostalgia reaccionaria, sino la toma de conciencia de los límites de una antropología desencarnada y sin filiación, acompañada de un cielo vacío y de un cosmos sin rostro.

Esta es la extraña paradoja de la modernidad: el hombre creyó crecer reduciéndolo todo a su medida... y al final se descubrió minúsculo. Sin Dios, o al menos sin la posibilidad o la búsqueda de un Dios cuya posible existencia escruta por todas partes, el hombre tiende a perder la conciencia de su singularidad y acaba fundiéndose en el magma indiferenciado de lo vivo. De vez en cuando, incluso llegamos a creer que estamos de más. El fantasma de la omnipotencia y el paradójico orgullo de la reivindicación de una insignificancia ontológica son inseparables. Incluso podría decirse que son anverso y reverso.

Al común de los mortales no le atormenta el vacío a todas horas. Las faenas ordinarias le mantienen ocupado y la sociedad le entretiene. Pero lo que banalmente llamamos la cuestión del sentido le interpelará inevitablemente. Las grandes etapas de la vida, nacimiento, matrimonio, muerte, necesitan ser ritualizadas, y los rituales de cartón-piedra asociados a la espiritualidad *new age* no acaban de convencerle. Creer en

cualquier cosa tiene sus límites. Es entonces cuando puede sentir el deseo de reconectar con su propia civilización, de convertirse. El catolicismo identitario, denostado por algunos, representa a menudo la primera etapa de un camino espiritual más exigente. No es, respecto de sí mismo, su propio fin, pero no es tampoco una «muleta» insignificante.

La humanidad sólo puede acceder a sí misma a través de mediaciones vitales, y nada es más ajeno a su constitución mental que una inmersión directa, bajo el signo de un éxtasis enloquecido, en lo sagrado. Y aquí volvemos a nuestro punto de partida: el **cristianismo, en Europa, no es sólo una fe, no es sólo un encuentro personal, sino que es una civilización, estructurada en torno a una propuesta que ha permitido al hombre desplegar plenamente su genio.** Pero, ¿puede una cultura sobrevivir al culto que la engendró? Puede ser que el hombre que busca un rastro de Dios lo encuentre en la grandeza de un mundo que otros muchos han construido mientras le buscaban o le rendían culto.

No hay camino fuera de Cristo*

Francisco Canals (†)

Reproducimos un artículo de Canals escrito hace más de 50 años que sin embargo resulta de gran actualidad por su profundo análisis de la sociedad europea en el que busca soluciones a los conflictos fuera de Cristo y su evangelio.

DURANTE siglos la invocación de la Santa Trinidad presidía los tratados de paz en nuestro mundo. Hoy, mientras judíos y árabes hablan entre sí de la paz de Abraham, nosotros, los descendientes de la cristiandad occidental, afectamos en nuestro lenguaje público no saber nada de Abraham, ni de Moisés ni de Cristo.

Hay en esto un «misterio de iniquidad», de mayor gravedad todavía que la vanidad de la sabiduría antigua de los «gentiles», a quienes el Apóstol Pablo condenaba por haberse negado a adorar a Dios manifiesto a su mente a través del mundo creado.

Para no aceptar algo verificable: la imposibilidad de un régimen social ordenado y justo, a la vez emancipado y rebelde frente a la ley natural y divina, sociólogos empíricos manipulan cada día los datos y se ciegan ante la evidencia. La resistencia a la fe que viene de Dios les lleva a aquellos fideísmos irracionales, a la insensibilidad ante los mismos hechos,

y a la incapacidad para un lenguaje verdadero sobre la realidad.

En un mundo en que miles de cabezas atómicas apuntan sobre las grandes ciudades **no hay solución diplomática ni política que pueda librarnos del equilibrio del terror y de la guerra.** Se dice que por primera vez «la solidaridad es necesaria para la sobrevivencia», pero no se quieren preguntar sobre quién pueda poner el cascabel al gato en esto de la solidaridad entre los hombres, después de haber despreciado, con la fe cristiana, el amor que viene de Dios.

No hay en este mundo soluciones económicas para los problemas económicos; nadie quiere pensar en lo que pueda ocurrir el día que todo el mundo esté industrializado. No hay soluciones pedagógicas para los problemas pedagógicos, y es difícil acercarse realmente a las cuestiones de la delincuencia juvenil, del suicidio de los adolescentes, de la difusión de las drogas.

Los pueblos desarrollados afectan preocuparse por la explosión

* Francisco Canals, «Fuera de Cristo no hay camino», *Cristiandad* 561-562, (noviembre-diciembre 1977).

demográfica, pero el resultado más tangible es la disminución de la población en los países de mayor bienestar y riqueza, y el progresivo envejecimiento de una sociedad totalmente centrada en el mito de las generaciones jóvenes.

Nadie puede pensar seriamente en lo que pueda ocurrir en una sociedad, a la que estamos llegando aceleradamente, en la que la abolición de la pena de muerte «penal» vaya acompañada con la legalidad del aborto y de la eutanasia. El mito de la juventud, del poder y de la eficacia social, al que se inmolan ya los que no llegan a nacer, puede pronto exigir nuevos holocaustos entre los todavía hoy adulados minusválidos frente la tercera edad.

Los que hoy votan por la anti-concepción y el aborto, quizá verán a otros, tal vez sus propios hijos, votar la eutanasia y aplicársela. Todo, evidentemente, en nombre del concepto hoy vigente de los «derechos humanos».

En esta monstruosa idolatría, fragmentos de verdad o verdades fragmentarias, tendenciosamente amputadas de un contexto íntegro y ordenado, impiden cada día el ejercicio de la autoridad en el Estado, en la empresa, en la escuela y en la familia, y esto en nombre de una concepción antropocéntrica y antiteísta, y formalmente anticristiana, de los «derechos humanos»: en nombre de ellos va siendo aplastada en muchos lugares toda libertad personal y todo diálogo humano, mientras se invoca la libertad y el diálogo como arma contra la verdad y contra el orden natural puesto por Dios en las relaciones entre los hombres.

La tragedia de nuestra sociedad pone de manifiesto como nunca

el misterio de la relación entre la naturaleza humana caída y desintegrada por el pecado y la gracia redentora merecida por Cristo. **El don divinizante que es la gracia es ofrecido para comunicarse a la naturaleza, incluso caída, pero por lo mismo la naturaleza sólo en la gracia puede obtener, con la elevación misma al orden sobrenatural, también la restauración y sanación de sus propias heridas en el orden natural.**

La apostasía anticristiana ha desintegrado la humanidad pecadora de un modo más íntimo y profundo que la soberbia gentil. Para negar a Cristo en nombre de la autosuficiencia humana, el hombre occidental ha sido llevado a actitudes inhumanas y antihumanas en lo práctico, y a la concepción teórica de doctrinas sobre el hombre en las que se niega o se deja sin fundamento la dignidad personal del individuo humano.

«No hay camino», ciertamente, sino en Cristo; «no se ha dado otro nombre bajo el cielo a los hombres en el que podamos ser salvos». La situación del mundo contemporáneo fue contemplada por el padre

Ramón Orlandis, en la perspectiva de una teología de la historia nutrida en el espíritu y en el magisterio de la Iglesia, y elaborada a partir de la doctrina y espiritualidad del padre Enrique Ramière, como una encrucijada decisiva «Aquel principio que afirmó san Agustín, según el cual Dios sólo permite el mal en orden a la consecución providencial de mayores bienes, ilumina este misterio: que pueda afirmarse hoy que la idea de Cristo Rey se presenta como psicológica y sociológicamente adecuada a las necesidades urgentes del mundo contemporáneo. «En el seno del mundo moderno ha logrado su madurez (la idea de Cristo Rey), su perfecto desarrollo y en su seno la lleva el mundo, y así, por más que se aturba y por más coces que tire contra el agujón, no podrá jamás librarse de las angustias de su conciencia social, cuyo imperativo cristiano pesa sobre él como una losa. Y cuantas más soluciones busca para sus problemas de vida o muerte fuera de las que le ofrece Cristo Rey más sentirá angustias de agonía, más desesperantes serán sus desengaños».

La paz procede sólo de Cristo

¡Oh, qué felicidad podríamos gozar si los individuos, las familias y las sociedades se dejaran gobernar por Cristo! Entonces verdaderamente –diremos con las mismas palabras de nuestro predecesor León XIII dirigió hace veinticinco años a todos los obispos del orbe católico–, entonces se podrán curar tantas heridas, todo derecho recobrará su vigor antiguo, volverán los bienes de la paz, caerán de las manos las espadas y las armas, cuando todos acepten de buena voluntad el imperio de Cristo, cuando le obedezcan, cuando toda lengua proclame que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre

El padre Vitoria y la paz*

Fernando Murillo ((†))

En el mes de agosto de 1946 se celebraba en París la llamada Conferencia de la Paz y se conmemoraba el cuarto centenario del padre Vitoria (1483-1546). En Cristiandad se publicaron una serie de artículos en torno al padre Vitoria y la paz. Fernando Murillo autor del artículo del que estresacamos algunos fragmentos se preguntaba: «¿qué conjunto de principios son los que constituyen el cimiento sobre el que se piensa hacer descansar esa paz que las Naciones Unidas pretenden establecer entre los estados tras la segunda guerra mundial?»

La concepción internacionalista de Vitoria –afirmaba el autor del artículo– no ha perdido nada a través del tiempo porque descansa en principios que son inmutables. Resultó de enorme actualidad tras la segunda guerra mundial y lo vuelve a ser en nuestros días.

Principios fundamentales del pensamiento jurídico vitoriano

Dos son, a nuestro juicio, aquellos postulados que en la mente del padre Vitoria dan firmeza a sus doctrinas: el carácter ético de todas las instituciones jurídicas y la supeditación y necesaria armonía del Derecho positivo con el Derecho natural.

No son, ciertamente, tales principios patrimonio exclusivo de Francisco de Vitoria, ni pueden serlo. Él, como todos los teólogos que forman la escuela teológica española de los siglos XVI y XVII, tiene a santo Tomás como maestro y en la «Summa» los encontró ampliamente desarrollados.

Vitoria era catedrático de Teología, y si en sus explicaciones se ocupa de materias jurídicas no es por otra razón que por la inclusión del Derecho en el campo de la moral. En efecto, el Derecho no es sino un capítulo de la filosofía moral, la cual entra dentro de la esfera de la Teología moral. Por ello, el teólogo discurre por el campo de las instituciones jurídicas y ve desde su altura el nexo que las vincula al mundo ético. Siempre que se presente a nuestros ojos un aspecto cualquiera de las doctrinas jurídicas del padre Vitoria, hemos de tener presente esto. No cabe en la mente de Vitoria la posibilidad de un divorcio entre el Derecho y la moral. De este modo po-

*Artículo publicado en *Cristiandad* 68 (15 de enero de 1947).

día afirmar que no hay argumento o disputa que parezca extraño a la ciencia teológica¹. «Acostumbrados (los teólogos) a contemplar los problemas desde lo alto –escribe el padre Carro en su obra «Domingo de Soto y su doctrina jurídica»–, a través de Dios, objeto de la teología, descubrían con facilidad esa urdimbre de causas y efectos, que constituye la médula de lo que hoy llamamos Derecho². Siempre se aprecia tras el pensamiento expuesto por Vitoria, aquel orden a que están sometidas todas las cosas, dependientes de su causa primera, que es Dios. Todo se ordena a su fin, todo ocupa su lugar y se armoniza con aquello a que se somete. Podemos decir que esto no es ya en él un pensamiento expresado, sino la disposición natural de su mente sea cualquiera la idea que conciba.

Este es el más hondo y más firme sostén de todas las ideas de Vitoria. No en otro lado reside la firmeza de todo el pensamiento jurídico cristiano. Dios, creador de la ley divina, es luz que ilumina y aclara hasta los últimos aspectos de la moral y del Derecho.

Aquel orden que se adivina en todos los seres y cosas, lo vemos también en las distintas clases de Derecho. **Porque el Derecho se explica en función de un orden, esto es, del orden impuesto por Dios por medio de su ley eterna.**³

De esta ley eterna se deriva el Derecho natural, con el cual ha de estar en armonía y dependencia todo Derecho humano para que sea tal Derecho. De este modo hace depender Vitoria, con santo Tomás, el Derecho dictado por el legislador humano del

1 Vitoria, «*Relect. de Potestate civil*», n.l.

2 Venancio D. Carro, O. P., op cit., cap. 1, 61.

3 Vitoria, .In «2.^a 2.ae» art. 1.



Monumento a Vitoria frente al convento de San Esteban de Salamanca

Derecho natural. He aquí el segundo principio que informa todos los pensamientos vitorianos en el campo del Derecho, sea este el de gentes o el civil. Forma de este modo un infranqueable valladar para todas las tiranías del poder y desaloja de su doctrina jurídica toda posibilidad de normas dictadas por la pasión de los poderosos.

Cuando defiende la necesidad de que los teólogos se definan en las cuestiones que afectan a los naturales de América, en vez o a la vez de los juristas⁴, se apoya en la existencia de un Derecho divino y natural que obra en los hombres con independencia de su voluntad.

Toda organización de Derecho, para que tenga consistencia, es nece-

4 Vitoria, «*Relectio prima de Indis*», n. 3.

sario que descansa en los principios señalados.

Un rompimiento con la moral, una independización del Derecho humano con respecto al Derecho natural, no puede conducir sino a la ruina del ordenamiento jurídico que lo admita. Por ello, cuando pensemos en aquel Derecho internacional que alumbró por primera vez en su mente como verdadera ciencia, hemos de considerar que se trata de un ordenamiento jurídico internacional que tiene su sustento en esos principios, que en la mente de Vitoria no puede ni pensarse que pudiera existir sin uno cualquiera de ellos y que el Derecho internacional que no los acepta como cimiento de su construcción ni es Derecho internacional ni tiene, por tanto, nada que ver con lo que pensó Vitoria.

La familia, primera educadora en la paz

Benedicto XVI

AL comenzar el nuevo año deseo hacer llegar a los hombres y mujeres de todo el mundo mis fervientes deseos de paz, junto con un caluroso mensaje de esperanza. Lo hago proponiendo a la reflexión común el tema que he enunciado al principio de este mensaje, y que considero muy importante: **Familia humana, comunidad de paz**. De hecho, la primera forma de comunión entre las personas es la que el amor suscita entre un hombre y una mujer decididos a unirse establemente para construir juntos una nueva familia. Pero también los pueblos de la tierra están llamados a establecer entre sí relaciones de solidaridad y colaboración, como corresponde a los miembros de la única familia humana: « Todos los pueblos –dice el Concilio Vaticano II– forman una única comunidad y tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano sobre la entera faz de la tierra (cf. Hch 17,26); también tienen un único fin último, Dios».¹

1 Decl. *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, 1.

La familia natural, en cuanto comunión íntima de vida y amor, fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer², es el «lugar primario de “humanización” de la persona y de la sociedad»³, la «cuna de la vida y del amor»⁴. Con razón, pues, se ha calificado a la familia como la primera sociedad natural, «una institución divina, fundamento de la vida de las personas y prototipo de toda organización social»⁵.

En efecto, en una vida familiar «sana» se experimentan algunos elementos esenciales de la paz: la justicia y el amor entre hermanos y hermanas, la función de la autoridad manifestada por los padres, el servicio afectuoso a los miembros más débiles, porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en las necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger al otro

2 Cf. Conc. Vat. II, *Const. past. Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 48.

3 Juan Pablo II, *Exhort. ap. Christifideles laici*, 40: AAS 81 (1989) 469.

4 *Ibíd.*

5 Cons. Pont. Justicia y Paz, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 211.

* Mensaje de Su Santidad Benedicto XVI para la celebración de la XLI Jornada mundial de la Paz, 1 de enero de 2008 «familia humana, comunidad de paz».

y, si fuera necesario, para perdonarlo. Por eso, **la familia es la primera e insustituible educadora de la paz.** No ha de sorprender, pues, que se considere particularmente intolerable la violencia cometida dentro de la familia. Por tanto, cuando se afirma que la familia es «la célula primera y vital de la sociedad»⁶, se dice algo esencial. **La familia es también fundamento de la sociedad porque permite tener experiencias determinantes de paz.** Por consiguiente, la comunidad humana no puede prescindir del servicio que presta la familia. El ser humano en formación, ¿dónde podría aprender a gustar mejor el «sabor» genuino de la paz sino en el «nido» que le prepara

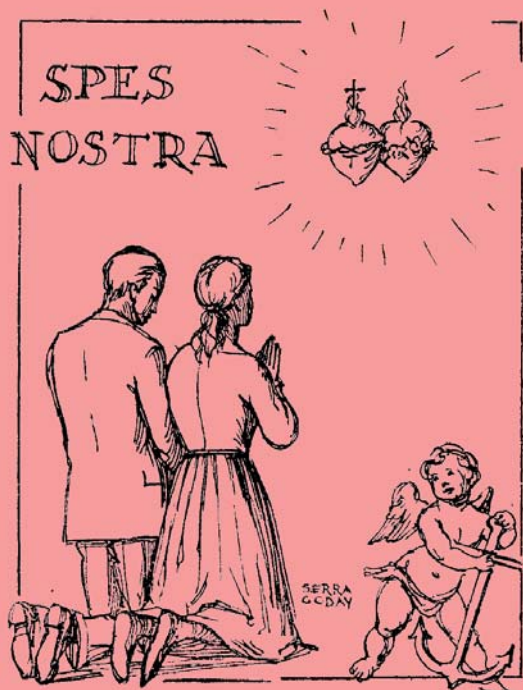
la naturaleza? El lenguaje familiar es un lenguaje de paz; a él es necesario recurrir siempre para no perder el uso del vocabulario de la paz. En la inflación de lenguajes, la sociedad no puede perder la referencia a esa «gramática» que todo niño aprende de los gestos y miradas de mamá y papá, antes incluso que de sus palabras.

Por tanto, **quien obstaculiza la institución familiar, aunque sea inconscientemente, hace que la paz de toda la comunidad, nacional e internacional, sea frágil,** porque debilita lo que, de hecho, es la principal «agencia» de paz. Éste es un punto que merece una reflexión especial: **todo lo que contribuye a debilitar la familia fundada en el matrimonio de un hombre y una mujer, lo que directa o indirectamente dificulta su disponibilidad para la acogida**

responsable de una nueva vida, lo que se opone a su derecho de ser la primera responsable de la educación de los hijos, es un impedimento objetivo para el camino de la paz. La familia tiene necesidad de una casa, del trabajo y del debido reconocimiento de la actividad doméstica de los padres; de escuela para los hijos, de asistencia sanitaria básica para todos. Cuando la sociedad y la política no se esfuerzan en ayudar a la familia en estos campos, se privan de un recurso esencial para el servicio de la paz. Concretamente, los medios de comunicación social, por las potencialidades educativas de que disponen, tienen una responsabilidad especial en la promoción del respeto por la familia, en ilustrar sus esperanzas y derechos, en resaltar su belleza.

⁶ Conc. Vat. II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos, 11.

«Sed vosotros los primeros constructores de la paz»



Familia, ¡«sé» lo que «eres»!, he escrito en la exhortación apostólica *Familiaris consortio*. Es decir, ¡sé «una íntima comunidad de vida y amor conyugal» (*Gaudium et spes*, 48), llamada a dar amor y a transmitir la vida!

Familia, tú tienes una misión de importancia primordial: contribuir a la construcción de la paz, que es un bien indispensable para el respeto y el desarrollo de la misma vida humana (Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 2304). ¡Nunca debes cansarte de buscarla! Jesús, con su muerte en la cruz, ha dejado su paz a la humanidad, asegurando su presencia perenne (Cf. Jn 14,27; 20,19-21; Mt 28,20). ¡Exige esta paz, reza por esta paz, trabaja por ella!

Juan Pablo II, mensaje con motivo de la Jornada Mundial de la Paz (8/XII/1993)



Año de la oración

De los grandes provechos que se obtienen de la oración

San Juan de Ávila, Obras completas, «Audi filia», (cap. 70).

POR la oración entendemos aquí una secreta e interior habla con que el ánima se comunica con Dios, ahora sea pensando, ahora pidiendo, ahora haciendo gracias, ahora contemplando, y generalmente por todo aquello que a el aquella secreta habla se pasa con Dios. Porque, aunque cada cosa de éstas tenga su particular razón, no es mi intento tratar aquí sin de este general que he dicho, de cómo esa cosa muy importante que el ánima tenga con su Dios esta particular habla y comunicación.

Para prueba de lo cual, si ciegos no estuviesen los hombres, bastaba decirles que daba Dios licencia para que todos los que quisiesen pudiesen entrar a hablarle una vez en el mes o en la semana, y que les daría audiencia de muy buena gana, y remediaría sus males, y haría mercedes, y habría entre Él y ellos conversación



amigable de Padre con hijos. Y si diese esta licencia para que le pudiesen hablar cada día, y si la diese para que muchas veces al día, y si también para que toda la noche y el día, o todo lo que de este tiempo pudiesen y quisiesen estar en conversación del Señor, Él lo habría por bueno, ¿quién sería el hombre, si piedra no fuese, que no agradeciese tan larga y provechosa licencia, y no procurase de usar de ella todo el tiempo que le fuese posible, como de cosa muy

conveniente para ganar honra, por estar hablando con su Señor; y deleite, por gozar de su conversación; y provecho, porque nunca irían de su presencia vacíos? Pues ¿por qué no se estimará en mucho lo que el Altísimo ofrece, pues se estimaría si lo ofreciese un rey temporal, que en comparación del Altísimo y de lo que de su conversación se puede sacar, el rey es gusano, y lo que puede dar uno y todos es un poco de polvo? ¿Por qué no se huelgan los hombres de estar con Dios, pues los deleites de Él son estar con los hijos de los hombres? No tiene su conversación amargura, sino alegría y gozo; ni su condición tiene escasez para negar lo que le piden. Y Padre nuestro es, con el cual nos habíamos de holgar, conversando, aunque ningún provecho otro de ello viniera. Y si juntáis con esto que no sólo nos da licencia para que hablemos con Él, mas que nos ruega, aconseja, y alguna vez manda, veréis cuánta es su bondad y gana de que conversemos con Él, y cuánta nuestra maldad de no querer ir, rogados y pagados, a lo que debía-

mos ir, rogando y ofreciendo por ello cualquier cosa que nos fuese pedida.

Y en esto veréis cuán poco sentimiento tienen los hombres de las necesidades espirituales, que son las verdaderas; pues quien verdaderamente las siente, verdaderamente ora y con mucha instancia pide remedio. Un refrán dice: «Si no sabes orar, entra en la mar»; porque los muchos peligros en que se ven los que navegan, les hace clamar a nuestro Señor. Y no sé por qué no ejercitamos todos este oficio, y con diligencia, pues ahora andamos por tierra, ahora por mar, andamos en peligro de muerte; o del ánima, si caemos en pecado mortal, o de cuerpo y ánima, si no nos levantamos por la penitencia de aquel en que hemos caído. Y si los cuidados peccederos, y el polvo que en los ojos traemos, nos diesen lugar de cuidar y mirar las necesidades de nuestro corazón, cierto andaríamos dando clamores a Dios, diciendo con todas entrañas: ¡No nos dejéis caer en tentación! ¡Señor, no te apartes de mí!, y otras semejantes palabras confor-

mes al sentimiento de la necesidad.

(...) Cosa cierta es que de la conversación de un bueno se sigue amarle y concebir deseos de la virtud; y, si con Dios conversásemos, con mucha más razón podríamos esperar de su conversación estos y otros provechos a semejanza de Moisés, que de la conversación salió lleno de resplandor (cf. Éx 34, 35).

Y no por otra causa estamos tan faltos de misericordia para con los prójimos, sin que nos falta esta conversación con Nuestro Señor. Porque el hombre que estuvo de postrado delante de Dios, pidiéndole perdón y misericordia para sus pecados y necesidades, claro está que, si de día encuentra con otro que le pida lo que él pidió a Dios, que conocerá las palabras, y se acordará de con cuánto trabajo él las dijo a Nuestro Señor, y con cuánto deseo de ser oído, y hará con su prójimo lo que quería que Dios hiciese con él».¹

1 Oc., 689. Tomamos el texto (versión 2ª) del vol. 1 de las *Obras completas* de san Juan de Ávila (BAC, 2000).

¡Señor mío y Dios mío!

¡Señor mío y Dios mío! es la primera palabra salida de nuestra boca, referente a la oración, que se encuentra en el evangelio; es también lo principal, el fundamento en nuestras oraciones; adorar, ponerse a vuestros pies, bajo vuestros pies, como anonadado, como el polvo, bueno solamente para pisarse, pero un polvo que piensa, un polvo que ama, un polvo que os admira, que os venera, que os ama apasionadamente, que besa y abraza vuestros pies y estando pisoteado por ellos se deshace en amor y veneración delante de vos...

Es para mi perfección, y la perfección de mi prójimo, por lo que hago estas pequeñas meditaciones. Y esta doble perfección yo no la quiero más que porque ella es lo que yo puedo hacer por vuestra gloria. Dignaos, pues, bendecir, Dios mío, este pequeño trabajo, este dulce trabajo, hecho únicamente por vuestra gloria, por y para la consolación de vuestro Corazón. Sagrado Corazón de Jesús

Carlos de Foucauld, *Meditaciones al evangelio según San Mateo*, cap. IV, v. 10: «Adorarás al Señor tu Dios»



Orientaciones bibliográficas

Javier Luis de Miguel Marqués

Francisco Carpintero Benítez, *La ley natural: historia de un concepto controvertido*

Encuentro 2008

EL ex catedrático y profesor emérito de filosofía del derecho, Francisco Carpintero Benítez, nos adentra a través de esta obra en un tema a menudo complejo, como es el de la ley natural, que se ha vuelto más enrevesado en la medida en que las diferentes escuelas filosóficas han dejado su impronta en el modo de entender este concepto.

El autor, de cuya pluma han salido numerosas obras que tratan sobre la justicia, el derecho y la ley natural, especialmente en su crisis devenida con la Modernidad filosófica, es un **defensor convencido del enfoque tomista de la ley natural**. Bajo tal premisa, hace un recorrido histórico por la idea de derecho natural desde los filósofos medievales, hasta llegar al tomismo decimonónico, abordando asimismo toda la amalgama de heterodoxias que se fueron construyendo al respecto desde la eclosión del nominalismo hasta la del liberalismo.

Como no podía ser de otra manera según lo recién dicho, resuena de modo transversal, a lo largo de toda la obra, una serie de conceptos que facilitan el contraste entre la concepción clásica del derecho natural, y su desfiguración por parte de la filosofía moderna.

El enfoque de la obra tiene una pretensión iusfilosófica, pero no

por ello deja escapar las múltiples derivadas que la concepción de ley natural tiene en otras ramas de la filosofía, como la ética y la metafísica, y en otras disciplinas como la antropología y la teología moral.

La idea principal que subyace en el análisis, es la tomista que **entiende la ley natural como herramienta para la ordenación humana a su fin, frente a las concepciones nominalistas y modernizantes de la ley natural, que la entienden como un conjunto de mandatos que deben obedecerse por emanar de la voluntad de Dios**. El autor desarrolla brillantemente la doctrina tomista sobre la ley natural, sobre la base de las inclinaciones naturales y los primeros principios de la naturaleza. Esto desemboca en **una ética que enfoca el juicio moral desde el fin último del hombre**.

La consecuencia inmediata de lo anterior es que la realidad de lo creado es lo que determina y explica nuestra naturaleza. Para clarificar esta a menudo difícil cuestión, emplea un paralelismo sencillo: tenemos ojos porque hay cosas para ver, contra los que piensan que hay cosas para ver porque tenemos ojos. La creación, obra de Dios, es así reflejo de su voluntad sobre los hombres, ejerciendo Él su soberanía a través de los suaves requerimientos

que emanan de la naturaleza del hombre y de las cosas, y no a través de meros imperativos.

El debate sobre la mutabilidad de la ley natural es otro aspecto digno de mención: si bien el Aquinate defiende que la ley natural no puede mutar en sus primeros principios, sí puede hacerlo en las conclusiones derivadas de los mismos. Asimismo, los diversos bienes deben escalonarse de acuerdo con las circunstancias, pues en función de ellas, deberá aplicarse un principio por encima del otro. Así, emplea el ejemplo del padre que, aunque por principio, no tiene obligación jurídica ni moral de mantener a sus hijos adultos, esa obligación aflora cuando se trata de atender a una hija que ha enviudado.

Lejos de nosotros la idea de que santo Tomás fuese un consecuencialista, menos aún, un relativista. **La atención a las circunstancias y la distinta jerarquía que pueden tomar los distintos bienes en cada circunstancia son un llamamiento a mejor cumplir el fin para el que el hombre ha sido creado, que es la bienaventuranza eterna.**

Por contraste, **la filosofía moderna empieza a desplazar el foco de los fines hacia los medios.** Lo importante empieza a ser cumplir un mandato, por recto que éste sea, más que el hecho de que el hombre se conduzca a su fin. Emerge así la idea de naturalezas inmutables de las cosas, rigidez ontológica, que de forma aguda Carpintero sitúa en Escoto. En él ve incluso el antecedente del moderno personalismo, por cuanto prueba que el Doctor sutil consideraba que el hombre tenía una dignidad que no podía supeditarse a las cosas, inhumanas, sino trascenderlas; de modo que las exigencias de nuestro entorno no podían condicionar nuestra naturaleza.

Las consecuencias en el Derecho de semejante tránsito, son de grandes dimensiones. Emerge la idea de Derecho subjetivo, que precede al deber, en lugar de originarse en función de él. Bajo el prisma tomista, la naturaleza impone unos deberes, y para cumplirlos, el hombre tiene derecho a actuar de un modo determinado. En esta misma línea, la libertad se va dibujando como la acción externa del hombre en ausen-

Al dejar de considerar la naturaleza como un altavoz del Creador, se va fraguando la idea de dos «felicidades» separadas: la mera felicidad natural, y la felicidad sobrenatural.

cia de coacción física, precisamente para el ejercicio de tales derechos subjetivos. El término «injusticia» se va relevando por el de «injuria», como afectación negativa a un derecho de índole personal. El Derecho deja progresivamente de constituir lo justo concreto, para convertirse en el respeto a una serie de leyes y derechos inmutables.

Al dejar de considerar la naturaleza como un altavoz del Creador, se va fraguando la idea de dos «felicidades» separadas: la mera felicidad natural, y la felicidad sobrenatural. La definición de ley natural va mutando hacia la de la libertad individual en el estado de naturaleza, e inevitablemente asoma la idea del contrato social como renuncia a la soberanía individual a cambio de obtener protección para los derechos individuales.

Sin duda, la aparición del paradigma científico moderno, y su énfasis en las causas eficientes, coadyuva a

este proceso, por tanto se desatiende la reflexión sobre los fines, y se pone el foco en la concepción mecánica y, por tanto, rígida y racionalista, del mundo y de la sociedad. Como consecuencia, las leyes devienen meros preceptos que gozan de validez si son promulgados por la autoridad competente.

Escoto, Ockham, Gerson, Conrado, Vázquez de Menchaca, Vázquez de Belmonte, Molina y Suárez son los principales autores en los que Carpintero aprecia el tránsito a la modernidad, aún católica, y Descartes, Hobbes, Grocio, Puffendorf, Locke, Rousseau y Kant, entre otros, los pensadores secularizantes que llevaron a sus más extremas consecuencias el deslinde respecto de la tradición tomista.

Por último, el autor realiza un esbozo de la neoescolástica del siglo XIX, para mostrar que trabajó sobre un tomismo no auténtico, sino pasado por el tamiz de Suárez y en general de toda la escuela que defendía las naturalezas inmutables. La consecuencia de ello, entre otras, es que les resulte de suma dificultad defender la concepción clásica acerca de la propiedad privada, como derogación de la ley natural vía derecho de gentes, y se amarren a la idea de la misma como directamente emanada del Derecho natural, en lo que representa una concesión, seguramente inconsciente, al pensamiento liberal contemporáneo.

En definitiva, se trata de una interesante obra para profundizar en la doctrina tomista acerca de la ley natural, y contrastarla con los autores modernizantes. Todo ello de la mano de un estilo ameno, a veces atrevido, muy en la línea de otras obras del autor, y con un vocabulario que no veta su lectura a los no excesivamente iniciados en la filosofía.



Hemos leído

Aldobrando Vals

Discutiendo con Chesterton



Es mucho lo que le debe Joseph Pearce a Chesterton, empezando porque éste jugó un importante papel en la conversión del entonces presidiario Pearce. Lo que no quita que éste se haya atrevido a llevarle la contraria a su maestro en The Imaginative Conservative.

En concreto, Pearce comenta un pasaje de Ortodoxia en el que Chesterton, escribiendo sobre la Revolución francesa, la califica como «motín viril contra el orgullo como tal. Porque el rebelde es más antiguo que todos los reinos, y el jacobino tiene más tradición que el jacobita».

Pearce le contesta que «Los jacobinos, los más extremistas de los revolucionarios franceses, fueron responsables del reino del Terror que siguió a la Revolución y en el que miles de personas fueron ejecutadas por el mero hecho de ser ricas o religiosas. Los jacobinos eran ateos cuya guerra contra la Iglesia no era “un motín viril contra el orgullo”, sino un motín orgulloso contra Dios. Los jacobinos se convirtieron, colectivamente, en el gigante malvado que aterrorizaba a los débiles mediante el uso del

poder bruto. Frente a semejante gigante tiránico, los campesinos de la Vendée se alzaron, como Jack el magtagigantes, en un verdadero “motín viril” o cruzada caballeresca contra el orgullo ateo de los jacobinos. El levantamiento de la Vendée fue sofocado con brutalidad genocida, el gigante jacobino derrotó al valiente pero relativamente impotente Jack. En el caso de la Vendée, los campesinos caballerosos y desamparados fueron asesinados y aquellos cruzados fueron crucificados como el Dios por el que luchaban.

En cuanto a la afirmación de Chesterton de que “el rebelde es más antiguo que todos los reinos, y el jacobino tiene más tradición que el jacobita”, podríamos conceder que el espíritu de rebelión se remonta, en efecto, al alba de los tiempos. Se remonta a la primera rebelión de nuestros primeros padres. De hecho, si hemos de decir toda la verdad, el espíritu de rebelión se remonta incluso más atrás que al alba de los tiempos. Tiene su raíz en aquella rebelión diabólica primigenia que condujo a la caída de Lucifer. Y sin embargo, a pesar del pedigrí antediluviano y prelapsario de la rebelión, la simple verdad es que no es cierto que “el rebelde es más antiguo que todos los reinos”. ¿Es necesario recordar a Chesterton y a nosotros mismos que los primeros rebeldes se rebelaron contra el Reino de Dios?»

¿Por qué Lenin no es tan denostado como Hitler?

THE
SPECTATOR

James Bartholomew, director del Museum of Communist Terror, se hace esta pregunta en las páginas de *The Spectator*. Ésta es su argumentada respuesta:

«Lo primero que hacen es engañarse pensando que Lenin lideró una revolución popular que eliminó un régimen zarista corrupto y tiránico. Esto, sencillamente, no es cierto. La Revolución de Febrero puede considerarse una revolución popular y fue entonces cuando el zar fue realmente expulsado del poder. Pero Lenin no participó en ella. Estaba en Zúrich y sus noticias sobre ella le llegaban a través de los periódicos suizos. Más tarde, ese mismo año, dirigió la llamada Revolución de Octubre. Pero aquello no fue una revolución. El hecho de que sigamos hablando de ella como de una revolución es una de las muchas formas en que la propaganda soviética ha entrado y permanece en nuestros libros de historia. **En realidad aquello fue un golpe de estado.** En una serie de acontecimientos bastante caóticos, unos 10.000 guardias rojos tomaron el control de Petrogrado (actual San Petersburgo) y arrestaron al Gobierno Provisional.

Luego está la idea de que el golpe representó de algún modo la «voluntad del pueblo». Tenemos pruebas bien claras de que no fue así.

Los bolcheviques obtuvieron solo el 24 % de los votos en las elecciones a la Asamblea Constituyente. Los socialistas revolucionarios, más mode-

rados, obtuvieron el 39%. En pocas palabras, los bolcheviques perdieron. Pero a Lenin no le importó. Al igual que Hitler, cuyo partido, por cierto, obtuvo un porcentaje de votos más alto en Alemania que los bolcheviques en Rusia, cerró la Asamblea Constituyente y desplegó soldados armados a su alrededor para impedir que nadie la reabriera.

La siguiente forma de pensar bien de Lenin es sugerir lo siguiente: «Si Lenin hubiera vivido, el régimen comunista habría funcionado. La sustitución de Lenin por Stalin lo estropeó todo».

Pero Lenin hizo las mismas cosas que luego hizo Stalin. Lenin inició el control gubernamental de la agricultura, estableciendo un precio fijo que el Gobierno iba a pagar por el maíz y otros cereales. El precio era absurdamente bajo debido a la alta tasa de inflación. Se produjo una escasez de

La llamada Revolución de Octubre no fue una revolución. El hecho de que sigamos hablando de ella como de una revolución es una de las muchas formas en que la propaganda soviética ha entrado y permanece en nuestros libros de historia.

alimentos. **Lenin requisó entonces el grano a los campesinos a punta de pistola.** Estas desastrosas políticas contribuyeron en gran medida a la muerte por inanición de al menos tres millones de personas en 1920-21. Lenin reconoció implícitamente el papel que habían desempeñado sus políticas al revertirlas en 1921.

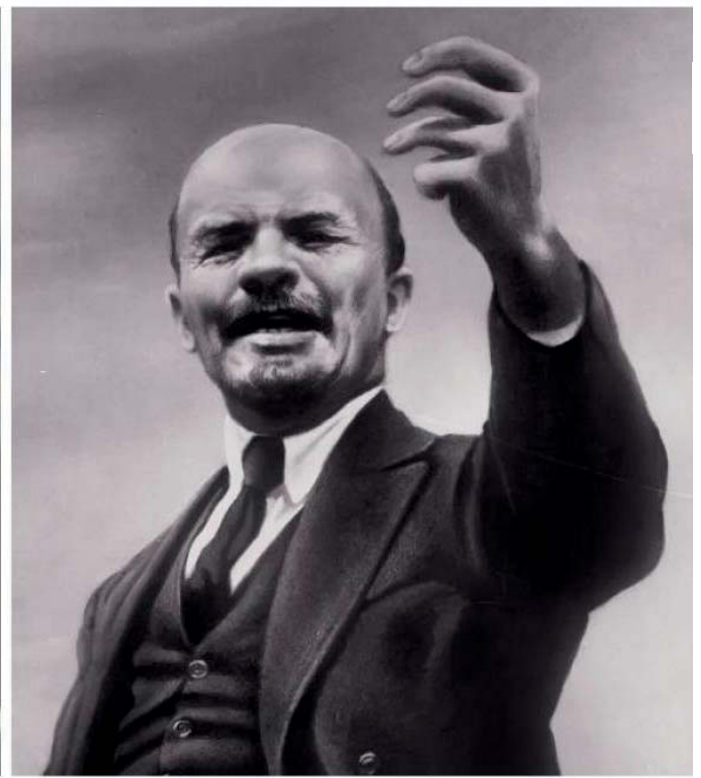
Pero mientras tanto, **Lenin aprovechó la hambruna para robar a la**

Iglesia, incautando 500 kilos de oro junto con una gran cantidad de plata y piedras preciosas sólo en noviembre de 1921. Declaró que esta era una oportunidad para matar a los miembros de la burguesía que se resistieran a esta expropiación. «Las confiscaciones deben llevarse a cabo con determinación despiadada... cuanto mayor sea el número de sacerdotes y burgueses reaccionarios que consigamos ejecutar por este motivo... [es decir, que se resistan al saqueo de la Iglesia] tanto mejor». En dos años fueron asesinados más de 30 obispos y 1.200 sacerdotes.

Lenin creó la Cheka, la policía secreta soviética. Sus instrucciones para matar incluyen esta orden escrita tras una revuelta en la provincia de Penza: «Ahorcad (ahorcad sin miramientos, a la vista del pueblo) a no menos de 100 kulaks [campesinos propietarios de pequeñas extensiones de tierra], asquerosos ricos, chupasangres». **Lenin no participó en una guerra de clases. Se dedicó al asesinato de clases.**

Lenin creó los campos de concentración que acabaron convirtiéndose en el Gulag. En 1918 promulgó un decreto en el que declaraba que era «imperativo salvaguardar la República Soviética de los enemigos de clase aislándolos en campos de concentración». Se ordenó la creación de uno en cada ciudad de provincia y a finales de 1920 ya había 107 de ellos. **Lenin autorizó el uso de gas venenoso en 1921 para matar a campesinos en el levantamiento de Tambov.**

Molotov, un alto cargo soviético tanto bajo el mandato de Lenin como de Stalin, comentó que ambos líderes eran «hombres duros... despiadados y severos. Pero sin duda Lenin lo era más». Una y otra vez, los archivos muestran a Lenin instando a sus colegas a ser aún más



Hitler y Lenin respectivamente

despiadados y a matar sin contemplaciones.

Contra todo esto, la defensa es a veces, «bueno, era una época de guerra civil, así que las medidas extremas eran necesarias». Pero, ¿por qué había una guerra civil? Solo porque Lenin había dado un golpe de estado contrario a las opiniones expresadas por el pueblo ruso. Y el clero, por ejemplo, no estaba haciendo la guerra.

Los partidarios de Lenin sostienen que hizo cosas maravillosas. En 1917 promulgó un decreto por el que las mujeres debían tener los mismos derechos que los hombres. Pero fue el Gobierno provisional el que ya había concedido el voto a las mujeres y no fue la Unión Soviética la única en reconocer cada vez más derechos a las mujeres durante el siglo XX. Es algo que estaba ocurriendo en toda Europa. Llama la atención que el primer politburó no incluyera a ninguna mujer y a la mayoría de la gente le costará pensar en alguna mujer que haya alcanzado un papel político o empresarial relevante en la Unión Soviética.

En cualquier caso, este tipo de ar-

gumento tiene algo de grotesco. Recuerda a la conocida justificación de la dictadura de Mussolini en los años treinta: «Hizo que los trenes funcionaran con puntualidad». Se podría decir algo parecido de Hitler: «Al menos corrigió los errores del Tratado de Versalles» o «devolvió a los alemanes el respeto por sí mismos». Tales argumentos son obscenos cuando se yuxtaponen a matanzas masivas.

El último argumento es que Lenin fue una figura histórica importante. Este, al menos, es cierto.

Robert Service, en su biografía de Lenin, llegó a decir: «Sin Lenin no habría habido revolución en octubre de 1917. Sin Lenin el Partido Comunista Ruso no habría durado mucho más allá de finales de 1921».

Pero, ¿cuáles fueron las consecuencias de este, su éxito?

Rusia padeció 70 años de régimen comunista con todas las muertes, las salvajes torturas, las penas de prisión y el fracaso económico que ello provocó. Los efectos secundarios del golpe de estado se extendieron durante todo el siglo XX con mucho mayor alcance que los del

breve gobierno de Hitler. El éxito de Lenin hizo posible a Stalin. Stalin, a su vez, selló una alianza con Hitler en 1939 que permitió a ambos invadir las partes de Polonia que habían previamente acordado. Stalin también invadió los estados bálticos y se apoderó de todo lo que pudo de Finlandia. Al final de la segunda guerra mundial, Stalin invadió la mayor parte de Europa del Este, lo que provocó más deportaciones masivas, terror y asesinatos. La Unión Soviética también alentó e hizo posibles los golpes comunistas en China, Vietnam y otros lugares. Lenin creó un modelo para golpes similares en todo el mundo. La Unión Soviética les prestó ayuda financiera y militar.

En resumen: sí, Lenin fue una figura histórica importante. Los regímenes comunistas que surgieron tras él causaron pobreza, miedo, opresión y la muerte de unos entre 80 y 100 millones de personas. Fue el líder más desastroso del siglo XX y los efectos nocivos de su labor continúan hasta nuestros días. Su imagen debería ser tan inaceptable como la de Hitler.»



Pequeñas lecciones de historia

Santa Margarita María de Alacoque (2): Jesús, el más perfecto amante

Gerardo Manresa



LA presión que su madre y sus hermanos hacían iban llevándole hacia las atracciones del mundo. «El diablo le suscitaba muchos buenos partidos, según el mundo, que me asediaban para obligarme a ser infiel al voto que había hecho». En medio de las reuniones y pasatiempos «Jesús me lanzaba flechas tan ardientes que traspasaban mi corazón de parte a parte y lo consumían, dejándome transida de dolor». Ella reconoce que la Santísima Virgen jamás le negó su apoyo durante el tiempo de sus frivolidades, pero le reprendía severamente cuando la veía dispuesta a sucumbir en la terrible lucha que sostenía en su interior.

Pero la batalla se decidió a su favor. Un día, después de la comunión le dijo Jesús: «Yo soy el más bello, el más rico, el más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes, ¿Cómo quieres romper tu amistad conmigo? Si me eres fiel no te dejaré jamás.» Y dice Margarita: «Con ello triunfó Jesús definitivamente en mi corazón y declaré resueltamente a mi familia mi decisión de ser religiosa».

Después de visitar varios conventos donde la familia quería que ingresara, parecía que Jesús no la quería en ninguno de ellos y por fin le mostró el de la Visitación de Paray-le-Monial y oyó una voz interior que le decía: «Aquí es donde te quiero». Este encuentro le dilató el corazón de alegría. Ingresó en el monasterio a los 24 años.

¿Las vías extraordinarias le alejarán de la Orden?

Durante el noviciado ya Jesús fue preparándole lo que sería luego su vida; tribulaciones de todas clases, persecuciones, enfermedades, humillaciones, vejaciones del demonio y al mismo tiempo admirables favores del Cielo, consolaciones, revelaciones y trato íntimo con el di-

vino Esposo, para lograr purificar su alma de todo amor propio y la práctica de todas las virtudes.

Ávida de oración, pidió a su maestra de novicias que le enseñara a rezar, y ésta le respondió: «Id a ponerlos delante de Nuestro Señor como un lienzo delante del pintor». Lo hizo así y el Señor le dio a entender que quería reproducir en ella la imagen de su vida terrestre, que eran el amor a Dios y el amor a la cruz. El día 25 de agosto de 1671, día de la toma de hábito, «mi divino Maestro me dio a entender que era nuestro desposorio» y durante los primeros meses «me dio a entender que no me daría a gustar, sino lo que había de más dulce en la suavidad de las caricias del amor».

La vista de lo extraordinario que ocurría en la sor Margarita creó un clima en la comunidad de un algo especial que no era normal en la Orden de la Visitación y tanto la M. superiora, M. J. Hersant, como la maestra de novicias, M. Ana Francisca Theuvant, pensaron si debían dejarla en la Orden. Margarita tembló solo pensarlo. Y declaró la guerra a su voluntad y a sus repugnancias naturales.

Al ingresar en la Orden se estimuló que como la familia Alacoque tenía repugnancia al queso, a la nueva novicia no se le haría comer nun-

ca. Esto fue así hasta que un día por descuido la refitolera le puso una ración de queso como a todas las hermanas. Jesús le exigió el sacrificio y ;tras horas de lucha y lágrimas! Margarita comió el queso, aunque con repugnancia, según ella confesó. A partir de entonces comió siempre el queso, con la misma repugnancia y los siguientes dolores estomacales.

A finales del noviciado, acabó el periodo de la M. superiora, M. Hersant, y fue sustituida por la M. Saumaise.

Dicha madre le retrasó la profesión por caminar por vías extraordinarias, cosa que no era normal en la Visitación. Ella se desahogó ante su Maestro: «Vos sois la causa de que no me admitan». El Señor le dice: «Di a la superiora que nada hay que temer en tu admisión. Yo respondo de ti». La M. saumaise le contesta que el Señor le haga útil a la orden cumpliendo todas sus observancias de la Regla. El Señor le contesta: «Te volveré más útil a la Religión de lo que ella cree, pero de una manera que nadie conoce, sino por mí; y en adelante adaptare mis gracias al espíritu de la Regla y a la voluntad de tus superiores y a tu debilidad».

La M. Saumaise quedó contenta con la respuesta del Señor, recibida por Margarita, y con esta garantía fue admitida a la profesión y empezó los

Ejercicios preparatorios de sus votos de profesión, que los realizó el día 6 de noviembre de 1672, aurora de las extraordinarias manifestaciones del Sagrado Corazón. En este tiempo de preparación, el divino Corazón la favorece con regalados coloquios en medio de las carreras que tiene que dar para cuidar de la borriquilla y del asnillo del monasterio y le da a conocer «las ventajas de padecer por los conocimientos y las luces que me ha procurado de su Pasión». El Señor por su parte cumplió plenamente su promesa, pues Él se encargó de trabajar fuertemente en purificar y transformar su corazón en un corazón semejante al suyo. «La misma tarde después de la profesión me recibió como esposa suya y me hablaba y trataba como si estuviera en el monte Tabor», mientras ella sufría por verse tan indigna ante su Esposo y Jesús le dijo: «Déjame hacer cada cosa a su tiempo, pues quiero que seas ahora el entretenimiento de mi amor, el cual desea divertirse contigo a su placer, como lo hacen los niños con sus muñecos. Es menester que te abandones así sin otras miras ni resistencia alguna, dejándome hallar mi contento a tus expensas; pero nada perderás con ello». Desde este momento le favoreció con su divina presencia, de forma que nunca había recibido gracia tan grande.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración



Mayo. Por la formación de religiosas, religiosos y seminaristas

Oremos para que las religiosas, los religiosos y los seminaristas crezcan en su camino vocacional a través de una formación humana, pastoral, espiritual y comunitaria, que les lleve a ser testigos creíbles del Evangelio.

Junio. Por los que huyen de su país

Para que los migrantes que huyen de las guerras o del hambre, obligados a viajes llenos de peligro y violencia, encuentren aceptación y nuevas oportunidades de vida en sus países de acogida.



Hace 75 años «Frente al apostolado del ateísmo, el Apostolado de la Oración»

Ibón Elósegui

En abril de 1949, hace 75 años, la revista Cristiandad celebraba las bodas de oro sacerdotales de Su Santidad Pío XII. Entre los diversos artículos publicados en ese número presentamos la exhortación apostólica del mismo Papa, en la que realiza un análisis de la situación del avance del ateísmo en todos los órdenes de la vida del hombre: «libros, folletos, publicaciones, periódicos, emisiones radiofónicas, mítines, reuniones públicas y conversaciones privadas, ciencia y arte». Frente a este apostolado del ateísmo, el Papa propone llevar a cabo un apostolado de la oración, ya que «la oración es defensa de la fe, nuestras armas y dardos contra el enemigo que por todas partes nos acecha».

Exhortación apostólica de Su Santidad Pío XII, *Conflictatio bonorum*. Misa votiva en expiación del crimen de los que odian a Dios. Dado en Roma, junto a San Pedro, el 11 de febrero del año 1949, décimo de nuestro pontificado.

El odio contra Dios

Rara vez, y acaso nunca, se ha recrudecido tanto como en nuestros tiempos la lucha entre buenos y malos, con cuyos hechos y modos de proceder, siempre entremezclados, se va tejiendo la historia del género humano. Y si Nos, al dirigir a todas partes del mundo nuestra mirada desde esta atalaya del Vaticano, tenemos ciertamente que llenarnos

de admiración y de gozo cuando contemplamos que las falanges de los buenos brillan con tales virtudes que evocan los primeros tiempos del cristianismo, principalmente por el mérito de la fortaleza y por la gloria de los mártires, también, por el contrario, nos sentimos invadidos por la tristeza y por la angustia cuando percibimos que la iniquidad de los malos ha llegado a un grado de impiedad increíble y enteramente desconocido en otros tiempos.

Nos causa horror, venerables hermanos, tener que referir este delito, pero por el deber de nuestro cargo apostólico nos es imposible callar. Este descuido y menosprecio, que fue el primer delito del hombre al rebelarse contra el divino manda-



CRISTO REY

to, es la fuente más turbia de todos los males, y en los tiempos actuales se introduce y se ensaña como enfermedad virulenta por casi todas las partes de la tierra, pero sobre todo en algunas regiones, a causa de la conjuración levantada contra el Señor y contra la Iglesia. Priva al hombre de Dios y le roba así su dignidad espiritual, le hace juguete innoble del materialismo y destruye totalmente todo lo que sea virtud, amor, esperanza y hermosura de la vida interior. Nos referimos al ateísmo. Más aún: al odio contra Dios.

Con la suma impudicia que les caracteriza, los que odian a Dios echan mano de todo género de armas y recursos, de libros, folletos, publicaciones, periódicos, emisiones radiofónicas, mítines, reuniones públicas y conversaciones privadas, ciencia y arte; de todo se sirven para infundir el desprestigio de las cosas sagradas: «Subió del pozo un humo semejante al de un grande horno, y con el humo de este pozo quedaron oscurecidos el sol y el aire».

«Quién como Dios»

Creemos en verdad, venerables hermanos, que esto no sucede sin la insinuación engañosa del enemigo infernal de quien es propio odiar a Dios y hacer daño a los hombres. Por tanto, nada tengáis más en el corazón, los sacerdotes lo mismo que los fieles encomendados a vuestro cuidado, que el promover una campaña en defensa del nombre de Dios, a quien estremecidas reverencian las potestades angélicas. Enarbolando la enseña de san Miguel Arcángel, repitiendo el grito de «Quién como Dios», oponed a los que ultrajan a la divina majestad la más valiente decisión de que el nombre de Dios sea desagraviado, amado y exaltado.

Quienes con semejante desprecio le ultrajan, no sólo son reos de un crimen horrendo, porque el odio contra Dios es principalmente el pecado contra el Espíritu Santo, que les hace incurrir en las más graves penas, sino que manifiestan bien claramente toda la ingratitud de sus almas. Pues ¿qué hay más necesario y provechoso que el adorar y reverenciar a Dios? De Él dimanaban todo el conjunto de nuestra alma y cuerpo, los dones del espíritu y todas nuestras fuerzas [...] Todo bien nuestro es un don suyo. [...] Tú eres benigno y veraz, paciente, que todo lo gobiernas con misericordia (Sab 15,1).

Él no está lejos de cada uno de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos. Es sapientísimo y lleno de misericordia, tanto cuando nos consuela con cariño como cuando nos corrige castigándonos. Todas las veces que nos castiga sufrimos justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos.

[...] Pero hay todavía más: del amor de Dios procede el bien de la humanidad, mientras que su enemistad provoca nuevas calamidades. ¿Quién no teme y detesta las luchas, las discordias civiles, las conflagraciones bélicas, que en lo futuro, con las nuevas armas, serán enormemente destructoras? Para evitar esos males aplaudimos y alabamos las iniciativas encaminadas a que las naciones se mantengan siempre unidas con los más estrechos lazos. Pero todo ello, que ya de sí es bastante inseguro, estará apoyado en la movediza arena si no reina en todo el mundo un sentimiento de fraternidad universal que consolide los estados y garantice los pactos, haciendo firme y sagrada la fidelidad a los compromisos mutuos. Pero por experiencia nos consta con toda certeza que, en la práctica, los hombres no se sienten hermanos entre sí, si ellos no se sienten todos hijos de un mismo Padre.

Descartando el respeto al Sumo Legislador, lo justo y lo injusto no son más que vanas palabras. Se derrum-

ba la ley moral; la maldad se atreve a perpetrar cualquier exceso, y aquellos hombres para quien el único y bien miserable placer es el goce de los deleites y la crueldad se lanzan como fieras a matarse mutuamente.

Por el contrario, todo lo que es servicio de Dios es bueno y provechoso para nosotros. Por consiguiente, desde lo más íntimo de nuestra conciencia pura, con todo empeño y diligencia, ríndase culto a la majestad de Dios presente y amoroso, siendo éste el camino para obtener una virtud siempre en auge y un preclaro progreso, a fin de que de las cosas externas pasemos a las internas y de éstas ascendamos a las de arriba para no abandonarlas jamás [...] la justicia consumada está en conocer a Dios.

Nuestras armas: la oración y sobre todo el sacrificio eucarístico

Con los que yerran fuera de los caminos de la justicia, únense todos los estímulos: la oración, la palabra, las obras y, sobre todo, una vida en la que brille la imagen de la bondad de Dios, a fin de que expíen y borren sus culpas.

Piensen los pecadores en el Padre meritísimo que llama al hijo pródigo, lo recibe de buen grado cuando se arrepiente a causa de su miseria y sacrifica el ternero bien cebado y manifiesta su gozo con un banquete. ¿Por qué? Porque había hallado al hijo perdido y sentía que lo amaba más después de haberlo recobrado. ¿Y a quién hemos de ver en este Padre? A Dios. Ninguno tan padre, ninguno tan bondadoso.

Quien goza de la fe y está lleno de los tesoros de una vida religiosa, debe, en cuanto sea posible, hacer partícipe de esos bienes a los demás hombres.

Para excitar con más ardor el amor a la religión y poner un dique y un remedio a la criminal impiedad de los enemigos de Dios, que son lacra de nuestro siglo, tenemos un arma poderosísima. ¿Qué es lo que no se pueda alcanzar por medio de

La oración es defensa de la fe, nuestras armas y dardos contra el enemigo, que por todas partes nos acecha.

la plegaria? ¿Qué hay imposible para la oración que eleve en nombre de Jesucristo un alma inocente o penitente que esté fortalecida por la confianza y acompañada por un cortejo de buenas obras? La oración es defensa de la fe, nuestras armas y dardos contra el enemigo, que por todas partes nos acecha.

Pero a cualquier acto o práctica de piedad supera el sacrificio eucarístico, que de manera incruenta perpetúa la cruenta inmolación de Cristo en el patíbulo de la Cruz y hace que, de Él se derramen sobre los hombres ubérrimos frutos de salvación.

El eterno Padre celestial es honrado, se hace propicio y se aplaca con la profusa sangre del Cordero inmaculado, cuya voz es más eficaz que la voz de la sangre inocente de Abel y de todos los justos, por estar ella dotada de una dignidad y valor infinitos, pues, procediendo de nuestra misma naturaleza, es ofrecida en favor nuestro por el mismo Hijo de Dios, nuestra paz y nuestra reconciliación y dador inagotable de todo don celeste. Cuando con nuestras culpas provocamos la venganza del Juez, protéjanos entonces la presencia elocuente de esa sangre y nos

detenga la avalancha de los males inminentes.

Este mismo sacrificio, verdaderamente propiciatorio, se ofrece con eficacia, como expiación, por los pecados, por las penas y por cualquier necesidad. Porque si el ateísmo y el odio contra Dios es un pecado gravísimo, con el que está infectado el presente siglo y por el cual merece formidables castigos, con la efusión de la sangre de Jesucristo contenida en el cáliz de la nueva alianza podemos, pidiendo clemencia para los culpables, lavar tan execrable crimen, destruir sus consecuencias y preparar, por fin, un magnífico triunfo para la Iglesia.

Misa votiva en el domingo de Pasión

Al pensar y meditar estas cosas, nos ha parecido oportuno permitirnos y aun exhortaros a vosotros y a todos los sacerdotes a que el domingo de Pasión del presente año celebréis a nuestra intención una segunda misa, que será la misa votiva por la remisión de los pecados [...]. Y los fieles cristianos, que, según la mutua unión entre los miembros del cuerpo de Cristo, deben participar siempre de las tristezas y de las alegrías de la Iglesia [...] supliquen y rueguen a Dios con el más ardiente fervor y en apretadas filas se acerquen a la sagrada comunión.

No dudamos que todos cumpliréis con la más encendida devoción y piedad lo que os pedimos y que al mismo tiempo elevaréis a Dios vuestras súplicas y peticiones para que, alejados todos los males, las auras de la caridad divina lo renueven todo en Cristo, a fin de que así se vea felizmente cumplido el anhelo universal de la paz. [...]



Actualidad religiosa

Javier González Fernández

Declaración «Dignitas infinita» sobre la dignidad humana

DESDE hace ya algún tiempo la Iglesia parece que se está quedando sola en la defensa de la dignidad de la persona humana, concepto que cada vez se está desdibujando más e incluso ha llegado ya a desaparecer en algunos ámbitos políticos, sociales y económicos.

Con el fin de profundizar en su fundamento y clarificar la comprensión en el contexto actual de este concepto el dicasterio para la Doctrina de la Fe publicó el pasado 8 de abril una nueva declaración en la que aborda los principios y los supuestos en que se basa la dignidad del hombre, ofreciendo importantes aclaraciones que nos ayudarán a evitar las frecuentes confusiones que se producen en el uso del término «dignidad» y presentando algunas situaciones problemáticas actuales en las que no se reconoce adecuadamente la inmensa e inalienable dignidad que corresponde a todo ser humano.

«Una dignidad infinita –comienza afirmando la declaración–, que se fundamenta inalienablemente en su propio ser, le corresponde a cada persona humana, más allá de toda circunstancia y en cualquier estado o situación en que se encuentre. Este principio, plenamente reconocible

incluso por la sola razón, fundamenta la primacía de la persona humana y la protección de sus derechos. La Iglesia, a la luz de la Revelación, reafirma y confirma absolutamente esta dignidad ontológica de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios y redimida en Cristo Jesús. De esta verdad extrae las razones de su compromiso con los que son más débiles y menos capacitados».

La Iglesia, desde los inicios de su misión, se ha esforzado por promover los derechos de todos los seres humanos y para ello ha desarrollado una antropología sobre la persona humana inigualable «en cuanto a su originalidad, dignidad, intangibilidad y riqueza de sus derechos fundamentales, sacralidad, educabilidad, aspiración a un desarrollo completo e inmortalidad». En esta antropología, y sólo en ella, la dignidad humana adquiere su fundamento y su verdadero valor.

Sin embargo, para comprender adecuadamente la dignidad y el valor único y trascendente de todo ser humano y atendiendo a los muchos significados que suele darse actualmente a la expresión «dignidad humana» la declaración analiza una cuádruple distinción del concepto de dignidad: dignidad ontológica, dignidad moral, dignidad social y dignidad existencial.

El sentido más importante es el vinculado a la dignidad ontológica que corresponde a la persona como tal por el mero hecho de existir como «sustancia individual de naturaleza racional» y haber sido querida, creada y amada por Dios. «Esta dignidad no puede ser nunca eliminada y permanece válida más allá de toda circunstancia en la que pueden encontrarse los individuos».

El sentido más importante es el vinculado a la dignidad ontológica que corresponde a la persona como tal por el mero hecho de existir como «sustancia individual de naturaleza racional» y haber sido querida, creada y amada por Dios.

Cuando se habla de la dignidad moral se refiere al ejercicio de la libertad por parte de la criatura humana al actuar de acuerdo con su conciencia. Porque si el ser humano actúa en contra de ella se comporta de un modo que «no es digno» de su naturaleza de criatura amada por Dios y llamada a amar a los otros. Esta distinción nos ayudará a discernir con precisión entre el aspecto de la dignidad moral, que de hecho puede «perderse», y el aspecto de la dignidad ontológica que nunca puede ser anulada. Y es precisamente en razón de esta última que se deberá trabajar con todas las fuerzas para que todos los que han hecho el mal puedan arrepentirse y convertirse.

En tercer lugar, cuando hablamos de dignidad social nos referi-

mos a las condiciones en las que vive una persona. Y así decimos que una vida es «indigna» cuando no se dan las condiciones mínimas para que una persona viva de acuerdo con su dignidad ontológica.

Por último, la dignidad existencial hace referencia a la percepción que se tiene de las circunstancias concretas en las que se desarrolla la vida (paz, alegría, amistad, esperanza, enfermedad, violencia, soledad, etc.) y que motivan el calificativo de «digna» o «indigna».

La declaración hace también un recorrido histórico sobre la progresiva conciencia de la centralidad de la dignidad humana en la vida de los hombres, intuida ya de alguna manera en la antigüedad clásica pero que sólo comenzará a comprenderse adecuadamente desde la Revelación bíblica y adquirirá toda su fuerza con el anuncio del Evangelio y el posterior desarrollo del pensamiento cristiano, haciendo de la Iglesia la única capaz de anunciarla, promoverla y garantizarla.

En su última sección la declaración aborda algunas de las muchas y graves violaciones de la dignidad humana: el drama de la pobreza, la guerra, el trabajo de los emigrantes, la trata de personas, los abusos sexuales, las violencias contra las mujeres, el aborto, la maternidad subrogada, la eutanasia y el suici-

dio asistido, el descarte de las personas con discapacidad, la teoría de género, el cambio de sexo y la violencia digital.

El documento, firmado por el presidente del dicasterio para la Doctrina de la Fe y el papa Francisco, concluye exhortando «ardientemente a que el respeto de la dignidad de la persona humana, más allá de toda circunstancia, se sitúe en el centro del compromiso por el bien común y de todo ordenamiento jurídico». «Cada persona individual y, al mismo tiempo, cada comunidad humana tiene, por tanto, la tarea de la realización concreta y efectiva de la dignidad humana, mientras que corresponde a los estados no sólo protegerla, sino también garantizar las condiciones necesarias para que florezca en la promoción integral de la persona humana. También hoy, ante tantas violaciones de la dignidad humana, que amenazan gravemente el futuro de la humanidad, la Iglesia no cesa de alentar la promoción de la dignidad de toda persona humana, cualesquiera que sean sus cualidades físicas, psíquicas, culturales, sociales y religiosas. Lo hace con esperanza, segura de la fuerza que brota de Cristo resucitado, que ha llevado ya a su plenitud definitiva la dignidad integral de todo varón y de toda mujer».

Las siete virtudes. Botticelli y Pollaiuolo (1470)



Combate espiritual

El papa Francisco comenzó el pasado 27 de diciembre un ciclo de catequesis sobre los vicios y virtudes, ciclo en el que hasta ahora ha profundizado en los vicios de la gula, la lujuria, la avaricia, la tristeza, la ira, la acedia, la envidia, la vanagloria y la soberbia y en las cuatro virtudes cardinales y seguirá reflexionando sobre las tres virtudes teologales.

Al iniciar estas catequesis y para enmarcar su intención el Santo Padre quiso ponernos alerta en relación a la dinámica que presenta la tentación y el mal, cuya presencia a veces ni siquiera se nota porque es silenciosa y consigue mimetizarse bien con su entorno pero poco a poco nos va atrapando. «Con el diablo –nos exhorta el Papa– no se discute. ¡Nunca! No se debe discutir nunca. (...) Estén atentos, el diablo es un seductor. Nunca dialogar con él, porque él es más astuto que todos nosotros y nos la hará pagar. Cuando llegue la tentación, nunca dialogues. Cerrar la puerta, cerrar la ventana, cerrar el corazón. Y así, nos defendemos contra esta seducción, porque el diablo es astuto, es inteligente. ¡Intentó tentar! Jesús con citas bíblicas! Se presentó como gran teólogo. Con el diablo no debemos conversar. ¿Habéis entendido bien? Estén atentos. Con el diablo no debemos conversar, y con la

tentación no debemos dialogar. No debemos conversar. La tentación llega: cerremos la puerta, guardemos el corazón. Es capaz de disfrazar el mal bajo una invisible máscara de bien. Por eso hay que estar siempre alerta, cerrando inmediatamente el más mínimo resquicio cuando intenta penetrar en nosotros. (...). Cuando el mal arraiga en nosotros, entonces toma el nombre de vicio, y es una mala hierba difícil de erradicar. Sólo se consigue a costa de un duro trabajo».

Porque la vida espiritual del cristiano –continuó el Papa– no es pacífica y sin desafíos. Al contrario, la vida cristiana exige un continuo combate: el combate cristiano por guardar el corazón para conservar la fe. «No es casualidad que la primera unción que cada cristiano recibe en el sacramento del bautismo –la unción catecumenal– sea sin perfume y anuncie simbólicamente que la vida es una lucha, (...) una sucesión de pruebas y tentaciones. Todos nosotros tenemos experiencia de esto, todos: que te sale un mal pensamiento, que te vienen ganas de hacer esto o de hablar mal del otro... Todos, todos tenemos tentaciones, y tenemos que luchar para no caer en esas tentaciones. (...) Hay muchas personas que se “autoabsuelven”, que piensan que “están bien”, “en lo correcto”. (...) Pero ninguno de nosotros está bien; si alguien se siente que está bien, está soñando; cada

uno de nosotros tiene tantas cosas que arreglar, y también tiene que vigilar. Y a veces sucede que vamos al sacramento de la Reconciliación y decimos, con sinceridad: “Padre, no me acuerdo, no sé si tengo pecados”. Pero eso es falta de conocimiento de lo que pasa en el corazón. Todos somos pecadores, todos. Y un poco de examen de conciencia, una pequeña introspección nos hará bien. De lo contrario, corremos el riesgo de vivir en tinieblas, porque ya nos hemos acostumbrados a la oscuridad, y ya no sabemos distinguir el bien del mal».

«Recordemos –insistió el Papa– que siempre estamos divididos y luchamos entre extremos opuestos: el orgullo desafía a la humildad; el odio se opone a la caridad; la tristeza impide la verdadera alegría del Espíritu; el endurecimiento del corazón rechaza la misericordia. Los cristianos caminamos constantemente sobre estas crestas. Por eso es importante reflexionar sobre los vicios y las virtudes: nos ayuda a superar la cultura nihilista en la que los contornos entre el bien y el mal permanecen borrosos y, al mismo tiempo, nos recuerda que el ser humano, a diferencia de cualquier otra criatura, siempre puede trascenderse a sí mismo, abriéndose a Dios y caminando hacia la santidad».

El combate espiritual nos conduce a mirar desde cerca aquellos vicios que nos encadenan y a caminar, con la gracia de Dios, hacia aquellas virtudes que pueden florecer en nosotros, sin olvidar nunca, como recordó el Papa, que Jesús está siempre a nuestro lado para protegernos y para levantarnos después del pecado.





Actualidad política

Jorge Soley Climent/ Piero Viganego Busquets

Varapalo a la reforma constitucional en Irlanda

MIENTRAS que el pasado 8 de marzo se celebraba en todo el mundo el Día Internacional de la Mujer, con manifestaciones, proclamas y las ya típicas actuaciones grotescas del feminismo más radical con plena cobertura en los medios de comunicación, en Irlanda, como anticipación de la fiesta de san Patricio, el feminismo se llevó un sonoro e inesperado revés.

La sorprendente e inesperada victoria del «No» en el referéndum de reforma constitucional, que pretendía reformular la definición de «familia tradicional» y eliminar el derecho de la mujer a quedarse en casa para cuidar de la familia fue un duro golpe para el «*establishment*» del país, que sufrió una severa derrota.

En concreto, la propuesta de enmienda constitucional reformulaba en términos neutros en cuanto al género la declaración de que «el Estado reconoce que, mediante su vida en el hogar, la mujer brinda al Estado un apoyo sin el cual el bien común no puede ser alcanzado». Y una segunda enmienda que buscaba neutralizar en términos de género la obligación del Estado «de asegurar que las madres no estén obligadas por necesidad económica a dedicarse al trabajo, descuidando sus deberes en el hogar».

En los planes del gobierno irlandés, secundado por los medios de comunicación, *lobbies* y demás entidades con poder en el país, el 8M de este año iba a ser una fiesta de avance progresista y un día simbólico para la historia del país. Sin embargo, a pesar de que las encuestas auguraban una contundente victoria del «Sí», la realidad fue diferente. **La propuesta de sustituir la referencia a «la familia basada en el matrimonio» por «otras relaciones duraderas» fue rechazada por el 68% de los votantes.** Por otro lado, la reforma del artículo referente a la labor de las mujeres en el hogar fue rechazado con aún más fuerza: un 74% de los irlandeses se inclinaron por mantenerlo en su redacción actual.

El resultado fue totalmente imprevisto. El presidente de *Family Solidarity*, una asociación de familias católicas que hizo campaña contra la reforma constitucional, comentaba: «El domingo pasado, las encuestas mostraban un 25% de votos en contra y un 35% de indecisos. Lo único que nos daba esperanzas era ver cómo crecía el apoyo a nuestras posiciones entre los ciudadanos más informados. Se percibía un movimiento en la dirección correcta, pero los días estaban contados. Los últimos debates convencieron a los indecisos y el resultado fue excepcional. El porcentaje de votos en contra en la segunda pregunta



Leo Varadkar, primer ministro de Irlanda, antes de la comparecencia en la que anunció su dimisión doce días después de salir derrotado en la votación para reformar la Constitución.

(74,4%) es el más alto registrado en la historia de los referéndums, mientras que la primera pregunta recibió el tercer porcentaje más alto (67,7%). Es decir, nunca antes el pueblo se ha expresado tan claramente como esta vez».

¿Y qué pasó? ¿Qué grupos se opusieron activamente a la reforma? En primer lugar, la Iglesia católica. En efecto, el episcopado irlandés publicó un argumentado comunicado explicando las consecuencias de las dos propuestas, texto al que se sumó la Iglesia presbiteriana.

Contra intuitivamente, los musulmanes irlandeses apoyaron activamente la propuesta, ya que vieron una oportunidad de que la redacción propuesta abriera la puerta legal a la poligamia en el país, ya que el «matrimonio» era sustituido por un concepto vago de «relación duradera». Sorprendentemente tam-

bién, y como una más de las demostraciones patentes de cómo el mal se contradice a sí mismo, el sector del feminismo radical contrario a la ideología trans hizo campaña activa contra la reforma. Por último, ya que la redacción del texto propues-

La propuesta de sustituir la referencia a «la familia basada en el matrimonio» por «otras relaciones duraderas» fue rechazada por el 68% de los votantes

to era deficiente en términos de claridad jurídica, no fueron pocos los expertos legales y juristas que decidieron oponerse a introducir nuevos artículos deficientemente redactados en la Constitución.

Otra de las consecuencias de esta fallida reforma constitucional ha sido poner de manifiesto lo alejados que están los gobernantes de la sociedad. Mientras que las elites de poder se esfuerzan constantemente en introducir cambios sociales que atentan contra la familia, a veces éstos no calan en la población tan rápidamente como desearían. En este caso, la casi totalidad de diputados del Parlamento irlandés votó en favor de la reforma (excepto un partido minoritario, *Aontù*, que cuenta solamente con un diputado). No deja de ser curioso ver cómo el 99% del Parlamento irlandés vota en dirección contraria al 74% de la población en cuestiones tan fundamentales.

Son muchos los que han catalogado el suceso como la batalla de David contra Goliat. A pesar de que la guerra no esté ni mucho menos

ganada, es siempre una buena noticia el que se haya frenado la disolvente dinámica en que Irlanda se encuentra sumida. De hecho, la situación en Irlanda es todo menos halagüeña: tras padecer uno de los regímenes de confinamiento más duros durante la pandemia, el país está sumido en una crisis de vivienda y personas sin hogar, el sistema de salud pública se desmorona, la inmigración está desbocada y recientemente se ha aprobado una nueva ley de educación sexual tremendamente agresiva.

El voto del 8 de marzo en Irlanda parece indicar un límite a la década de destrucción social iniciada con la redefinición del matrimonio en 2015 y que tuvo un momento álgido con la legalización del aborto en 2018. La clase política irlandesa, en guerra abierta con el pasado católico del país, dedica todos sus esfuerzos en convertir a Irlanda en uno de los países más hostiles al cristianismo. Pero en esta ocasión, los irlandeses han dicho no, y lo han dicho con contundencia.

Un año de guerra en Sudán, una catástrofe sin final

Aunque la atención del mundo entero está volcada en lo que sucede en Oriente Medio y Ucrania, se cumple ahora un año de otro conflicto. En efecto, el pasado 15 de abril de 2023 comenzaban los primeros enfrentamientos en Sudán, en su capital Jartum, entre el ejército gubernamental, bajo las órdenes del general Abdel Fattah al-Burhan, jefe de Estado de facto al ser el líder de la junta militar en el poder desde 2021 (apoyado por Egipto e Irán) y las Fuerzas de Apoyo Rápido (RSF), la milicia paramilitar de su antiguo brazo derecho, el general Mohamed Hamdan Dagalo, más conocido como Hemedti (que cuenta con el apoyo de los Emiratos Árabes Unidos y de Rusia). Los combates se extendieron por todo el país y prendieron con especial virulencia en la región occidental de Darfur, donde se ha reavivado la endémica hostilidad entre grupos étnicos de origen árabe y africano. El balance de esta guerra, alejada de los focos, es terrible.

Las cifras oficiales hablan de 16.000 muertos civiles, pero se trata

de una cifra subestimada ya que, sólo en una ciudad de Darfur, El Geneina, se tiene constancia de la muerte de entre 10.000 y 15.000 personas el pasado mes de mayo. Millones de personas lo han perdido todo y han quedado privadas de cualquier medio de subsistencia. El número de refugiados asciende a casi nueve millones. A causa de la guerra, la producción agrícola se ha hundido y en muchas ocasiones se ha perdido también el ganado. La situación general se ve agravada por los enormes daños causados a las infraestructuras, la interrupción de los flujos comerciales y el fuerte aumento de los precios de los productos de primera necesidad. En un país de 49 millones de habitantes, son 25 millones los que viven de la ayuda humanitaria, tanto alimentaria como sanitaria.

Una trágica guerra más, que se plantea como sin cuartel, ignorada por el mundo entero, en la que ni la ONU, ni los Estados Unidos, ni China intervienen directamente, pero que muestra el deterioro creciente de un mundo en el que proliferan los conflictos.



Soldados del ejército sudanés, leales a Abdel Fattah al-Burhan, en Puerto Sudán

BALMES

LIBRERÍA

¡La mejor librería religiosa en Barcelona!

✉ info@balmeslibreria.com

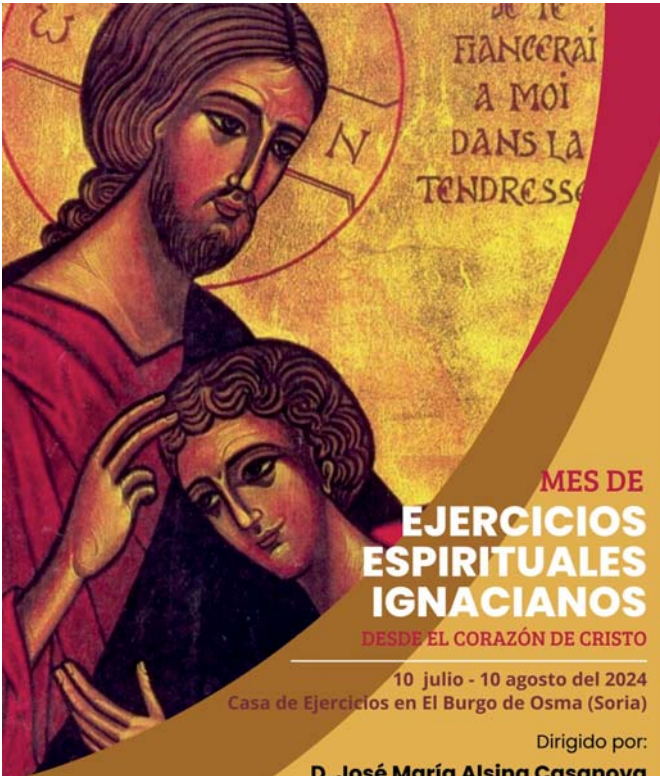
📍 balmeslibreria.com

☎ 682 856 468

☎ 93 317 80 94



100 años de cultura católica



MES DE EJERCICIOS ESPIRITUALES IGNACIANOS
DESDE EL CORAZÓN DE CRISTO

10 julio - 10 agosto del 2024
Casa de Ejercicios en El Burgo de Osma (Soria)

Dirigido por:
D. José María Alsina Casanova
D. Manuel Vargas Cano de Santayana

Pre-inscripción:
ejerciciosespirituales@icorazondecristo.org
(las plazas serán confirmadas por el director)

INSTITUTO DEL CORAZÓN DE CRISTO



Hora Santa. Doce Horas Santas para cada mes del año

Cervera Barranco, Pablo

Editorial: BAC

152 páginas

Precio: 13,00€

La Hora Santa no tiene ninguna articulación expresa “oficial”, no hay nada fijo establecido. Es verdad que, por las palabras del Señor a santa Margarita María de Alacoque, lo más adecuado es meditar su amarga agonía y pasión, su humillación, su infinito amor no correspondido. La Hora Santa se puede llenar con varias devociones. Nosotros presentamos amplios y ricos materiales para que, desde la Palabra de Dios, la reflexión espiritual y textos tomados de la Tradición y de testigos del Evangelio (siguiendo el esquema de la *lectio divina*), el orante o la comunidad orante puedan adentrarse en el Corazón de Cristo redentor y se haga partícipe y colaborador de esa redención en su persona, en su trabajo, en su vocación» (de la presentación).



Que todos sean uno en Cristo

Feser, Edward

Editorial: Cor Iesu

124 páginas

Precio: 14,00€

La Teoría crítica de la raza no iba a llegar a España, nos decían hace poco... y sin embargo ya la tenemos aquí. Desde los debates televisivos hablando de racismo estructural hasta el ministro de Cultura y su obsesión “descolonizadora”, esta ideología que tanto ha calado en los Estados Unidos ha llegado también aquí. Lo mismo que su tópicos colofón: la Iglesia católica ha sido cómplice.

Pero ¿qué enseña exactamente la Iglesia católica sobre el racismo? ¿En qué consiste la Teoría crítica de la raza, que algunos presentan como sinónimo de antirracismo? En *Que todos sean uno en Cristo*, Edward Feser explica la indiscutible y coherente condena del racismo por parte de la Iglesia, profundamente arraigada en siglos de enseñanza pontificia y teología escolástica.



La esperanza de morir

Hahn, Scott

Editorial: Rialp

196 páginas

Precio: 16,00€

Los católicos creen en la resurrección del cuerpo, y así lo profesan en el Credo. Aprenden que enterrar a los muertos y rezar por ellos es una obra de misericordia.

La promesa de la resurrección corporal pone de relieve la necesidad de un cuidado digno de nuestros cuerpos en la hora de la muerte. Scott Hahn analiza tanto las Escrituras como la enseñanza católica y nos recuerda que nuestros cuerpos han sido hechos por un Dios que nos ama. Incluso en la muerte, esos cuerpos señalan el misterio de nuestra salvación.



LA PROMESA DE PAZ AL MUNDO

En los días futuros estará firme
el monte de la casa del Señor,
en la cumbre de las montañas,
más elevado que las colinas.
Hacia él confluirán todas las naciones,
caminarán pueblos numerosos y dirán:
«Venid, subamos al monte del Señor,
a la casa del Dios de Jacob.
Él nos instruirá en sus caminos
y marcharemos por sus sendas;
porque de Sión saldrá la ley,
la palabra del Señor de Jerusalén».
Juzgará entre las naciones,
será árbitro de pueblos numerosos.
De las espadas forjarán arados,
de las lanzas, podaderas.
No alzará la espada pueblo contra pueblo,
no se adiestrarán para la guerra.

Casa de Jacob,
venid; caminemos a la luz del Señor.
Has rechazado a tu pueblo,
a la casa de Jacob.
Porque están llenos de adivinos de Oriente
y de agoreros, como los filisteos,
y pactan con extranjeros.
Llena está su tierra de plata y oro,
no hay límite para sus tesoros;
su país está lleno de caballos,
no hay límite para sus carros;
su país está lleno de ídolos,
y se postran ante las obras de sus manos,
que fabricaron sus dedos.(...)
Será doblegado el orgullo del mortal,
será humillada la arrogancia humana;
solo el Señor será exaltado en aquel día,
y los ídolos desaparecerán.

Isaías, 2